JUAN FAUSTINO SALLABERRY, S. J.

LOS JESUITAS EN EL URUGUAY

TERCERA ÉPOCA

Aparte de EL BIEN PUBLICO

1935

EDITORIAL "JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN"

MONTEVIDEO

INTRODUCCION

El primer apóstol y primer civilizador del Uruguay fué un Jesuíta, el Beato Roque Gonzálea de Santa Cruz. Con él empieza la primera época de los Jesuítas en el Uruguay, en 1619, y concluye en 1767 con el extrañamiento de Carlos III. Duró 148 años, casi siglo y medio. En 1747 se establecieron en Montevideo, donde fundaron la primera escuela, formaron los primeros clerigos uruguayos y ejercieron sus ministerios con los españoles y europeos, en general, mientras los Jesuítas del Norte atendían a los indios en los Pueblos del Uruguay, empezados a fundar por el Beato Roque.

La segunda época empieza en 1841, con motivo del destierro de Buenos Aires de los Jesuítas, por Rozas, y duró 18 años, hasta que los desterró Pereira en 1859. El Jesuíta más célebre de esa época es Francisco Ramón Cabré, llamado el Apóstol de Montevideo, por lo mucho que se desveló por socorrer a los desvalidos y necesitados, en tiempo de la Guerra Grande; y tenía siempre franca y cordial acogida en ambos ejércitos, a causa de su inmenso prestigio con la juventud y con el pueblo en general. Fundó la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga en el Hospital Maciel que es la más antigua del Uruguay. Hubo otros Jesuítas célebres de esa época, y merece especial mención el P. José Sató, que acompañó al comandante Andrés Fouet en la búsqueda de los primeros Vicentinos para fundar las Conferencias, que se establecieron por primera vez en Montevideo en la Casa de los Jesuítas, el 21 de Noviembre de 1858, siendo Superior el mismo P. Sató. Este Padre se distinguió entre nosotros por sus ministerios con los ingleses e irlandeses; y aun estando en Buenos Aires, durante el destierro, venía de vez en cuando a ejercer con ellos los Sagrados Ministerios.

En esta segunda época tuvieron un colegio en Montevideo y otro en Santa Lucía, donde la Compañía de Jesús volvió a contribuir a la formación del Clero uruguayo, facilitando la carrera a varios seminaristas, entre ellos los dos Yéregui, Madruga, y otros de gran actuación en nuestro medio, sin contar que D. Inocencio María Yéregui fué el segundo Obispo de Montevideo.

En los tiempos que median entre Pereira y Flores, venían algunos Jesuítas al Uruguay, por razones de salud, como el P. Joaquín María Suárez, o a ejercer los Ministerios, como el P. Sató; pero no se quedaban de asiento, a excepción del P. Rosario Lepresti, que fué varios años Capellán del Hospital de Caridad, Hospital Maciel.

CAPITULO I
LA VUELTA DE LOS JESUITAS

No es del caso describir las muchas diligencias que se hicieron, en especial durante el Gobierno de Berro, para que se levantara el destierro de los Jesuítas, impuesto por Pereira. Sólo diré que constantemente se frustraron las más halagüeñas esperanzas puestas en los sentimientos religiosos y en los antecedentes de Don Bernardo, incluso las que se habían cifrado en la intercesión de su propia madre, que firmó junto con las damas y caballeros de Montevideo y del Uruguay que pedían la vuelta de los desterrados; y esas esperanzas se hubieron de frustrar del todo con el destierro del Siervo de Dios Don Jacinto Vera, el grande amigo y gran defensor de los Jesuítas, que habían sido sus maestros en Buenos Aires, y a quienes se reconocía deudor de su carrera y, por lo tanto, del sacerdocio, lo que más él estimaba en la tierra, y por cuyos ministerios inmoló toda su vida en aras del sacrificio. Solo diré que el general don Venancio Flores, concluída la Cruzada Libertadora, por decreto del 4 de abril de 1865, derogó el decreto de don Gabriel Pereira de 26 de enero de 1859, y dejó a los Jesuítas la entrada libre al país, pero no platónicamente, sino que tuvo verdadero empeño en que volvieran, y así lo significó en embajada especial, enviando a Santa Fe a D. Pedro Isasa, acompañado de su hijo Segundo Flores, a fin de que hiciera todo lo posible por la vuelta de los Padres, significándoles

su especial agrado en que volviesen. Según tradición de familia, Don Venancio debía a Don Pedro un gran favor; y en recompensa le dijo que pidiera lo que quisiese, y Don Pedro sólo pidió la vuelta de los Jesuitas; y así no es extraño que mostrase en ello especial interés, puesto que deseaba complacer a un amigo, fuera del aprecio que pudiera tener de los Padres como hombre sensato y católico práctico y obrador en todas sus empresas. Porque eso tuvo Flores. Nunca fué hombre indeciso.

No obstante, habían de pasar todavía siete años cumplidos antes de la vuelta de los Jesuitas para establecerse en el país. El 3 de septiembre de 1872 llegaron a Montevideo para fundar una Residencia, con las miras de convertirla en colegio, y aun en colegio-seminario, enviados por el Superior, P. Juan Bautista Pujol, los Padres Manuel Martos y Cosme Roselló.

CAPITULO II
LA RESIDENCIA DE CANELONES N.° 216

Los Padres alquilaron la casa de D. Antonio Bonfiglio, en la calle Canelones N.° 216, por dos años, pero en ella vivieron hasta el 24 de octubre de 1879, en que se trasladaron al lugar que hoy ocupa el Colegio-Seminario del Sagrado Corazón, entre las calles Soriano, Médanos, Canelones y Vázquez.

En ese tiempo los Padres no perdieron nunca de vista la fundación de un Colegio, y en especial de un externado. Y en lo mismo insistía el Prelado, Don Jacinto Vera. Pero entre tanto, se dedicaron a los ministerios apostólicos. Predicaban en la Matriz y en otras iglesias. Enseñaban la doctrina cristiana en las iglesias y en los colegios de ambos sexos. Se dedicaban de lleno al ministerio de oír confesiones, en las Comunidades Religiosas, en su Capilla y en diversos templos, en especial en la Matriz. Hicieron un contrato con el Sr. Vicario Apostólico, Obispo de Megara, D. Jacinto Vera, dejando consignadas en las Cartas Anuas—ese gran monumento de la historia jesuítica, tan apreciado por los críticos de nuestros días—las Misiones dadas por Don Jacinto en Las Piedras, Tacuarembó, Rivera, Salto, Paysandú, La Unión, San José, Rocha, Castillos, Melo, Artigas, Treinta y Tres, Mercedes, Fray Bentos, Capilla Jackson, Paso Molino, Durazno, Sarandí, y de nuevo Salto y Paysandú, y por fin en el Cordón y en la Matriz. Además, once misiones en 1873. Total, treinta y tres misiones en seis años. Si tenemos en cuenta la dificultad de los caminos, a veces muy gráficamente descritos en las Cartas Anuas, lo lento de los viajes, y que las misiones duran, lo menos, quince días cada una, no se puede negar que representan un gigantesco esfuerzo apostólico por parte de los Padres Jesuitas de la Residencia, que eran muy pocos en número, pero mucho más de parte del Prelado, del cual escriben las Cartas Anuas, con motivo de su muerte, en Pan de Azúcar, asistido por los Misioneros Jesuitas hasta en el lecho de su muerte, que era "**vere Apostolorum successor**", un verdadero sucesor de los Apóstoles. En todos esos años dieron también los Ejercicios al Clero.

Las Misiones de 1873 no están individualmente descritas en las Cartas Anuas. Pero dan una idea general de las Misiones y de su fruto espiritual, y por eso voy a transcribir aquí sus palabras. Dicen así:

"Las misiones, presididas siempre por el Ilmo. Obispo, pasando la visita Diocesana, fueron once. El P. Martos, como confesor del Obispo, estuvo en todas. En las cuatro primeras tuvo por compañero al P. Roselló; en las tres siguientes, al P. Dalmau; y en las cuatro últimas, al P. Pou.

En ellas se predica, más o menos, por espacio de quince días. En los primeros ocho días, tres veces al día, y una vez el Catecismo a los niños. En los demás días se predica, pero una sola vez al día; también se explica el Catecismo.

Este ministerio de las Misiones da gran consolación por los grandes frutos que en él percibimos.

Y de su necesidad ¿qué diré? En esta región del mundo, donde se hallan

las Parroquias tan distantes entre sí, y es tanta la penuria de Sacerdotes, si se quitaran las Misiones, gran parte de los fieles permanecería entre las densas tinieblas de una crasísima ignorancia." (Cartas Anuas, 1873).

Consta, por otras fuentes, que ese año misionó Don Jacinto Vera, por lo menos, en Tala, Sauce, San Carlos, Pando, Maldonado y Trinidad.

CAPITULO III
VARONES ILUSTRES DE LA RESIDENCIA DE LA CALLE CANELONES

Su duración fué corta y escaso el número de sus operarios; mas relativamente produjo un notable número de varones dignos de pasar a la historia por su celo apostólico y virtudes evangélicas.

En primer lugar, su primer Superior, el P. Manuel Martos, que acompañó constantemente al Prelado como confesor suyo, y murió gloriosamente al pie del cañón, ejerciendo el apostolado en Fray Bentos, el 14 de marzo de 1877.

Del P. Martos hacen las Cartas Anuas el siguiente elogio:

"Hacia fin de febrero (1877) el P. Martos y el P Colomer fueron al pago de Mercedes, junto con el Reverendísimo Obispo, donde permanecieron 15 y más días, predicando sin intermisión la palabra de Dios, explicando los rudimentos de la fe a los niños y gente sencilla, dispuestos siempre a oír las confesiones de los fieles, procuraron para Dios no pequeña gloria y evitaron muchos escándalos.

El muy valiente P. Martos, varón verdaderamente apostólico y encendido en el celo de las almas, aunque fatigado y casi quebrado con los trabajos de la Misión, sin decaer por nada de ánimo, se mostró dispuesto a emprender inmediatamente otra misión.

Dejado, pues, Mercedes, parten para el pago de Fray Bentos, a donde llegaron debilitados por el calor, el polvo y oprimidos por las molestias del camino. El P. Martos, teniendo en poco la enfermedad que padecía, aquel mismo día, dió principio a la Misión con un sentido sermón, excitando al auditorio al amor de Dios y a procurar la salvación de su alma; y todos los días predicaba al pueblo, pero, al fin, fué vencido por la enfermedad y hubo de interrumpir la predicación.

En seguida vino el médico, pero inútilmente, porque los remedios no surtieron ningún efecto. Entonces el P. Colomer, conocida la cercanía de la muerte, preparó a su compañero a recibir los Sacramentos, el cual, recibidos el Viático y la Extremaunción de manos del Obispo, entregó el 14 de marzo plácidamente su alma al Creador.

Como buen soldado de Cristo, sucumbió en el combate, luchando denodadamente por la gloria de Dios."

El P. Cayetano Carlucci, el orador más elocuente que tenía entonces la Compañía de Jesús en estas regiones del Plata, predicó la novena del Sagrado Corazón en la Matriz, del 27 de Mayo al 4 de junio, antes de la Consagración de todo el Vicariato Apostólico del Uruguay, que abarcaba toda la República, al Sagrado Corazón de Jesús, Consagración que tuvo lugar en la Matriz y en todas las iglesias del departamento de Montevideo el viernes 4 de junio de 1875, y en los días inmediatos en todas las iglesias del país. El Padre Carlucci acompañó a Don Jacinto a no pocas de sus Misiones, y trasladado a Córdoba, donde pasó el resto de su vida trabajando con los obreros católicos y fundó el célebre Colegio de San José, decoró la Capilla de Lourdes; y murió en santa ancianidad el 12 de junio de 1900, dejando una gloria imperecedera como predicador de poderosa y galana elocuencia, como varón abnegado y humilde y como incansable trabajador y moralista de primera talla.

El P. Antonio Dalmau tuvo la gloria de asistir todos los días a los apestados de la fiebre amarilla en 1873, yendo continuamente al Lazareto sin temor ninguno al contagio.

El P. Miguel Cabeza, segundo y último Superior de la residencia, era un hombre notable por su entereza de carácter. Superior en Buenos Aires, no dobló la cerviz ante la prepotencia de Rosas, y hubo de tomar el camino del ostracismo y vino desterrado a Montevideo, donde murió el 20 de Octubre de 1890, a los 84 años de edad. No usó anteojos en toda su vida. Perdió el oído, pero conservó toda su entereza y capacidad intelectual y moral casi hasta la hora de su muerte, predicando con voz potente hasta muy poco antes de morir. Era uno de esos hombres de cuño antiguo, que parecen inmortales e incorruptibles física y moralmente.

CAPITULO IV
FUNDACION DEL COLEGIO - SEMINARIO

Una de las últimas obras del P. Cabeza, como Superior de la Residencia fué adquirir el terreno para construir el Colegio - Seminario. El 16 de diciembre de 1878 bendijo la primera piedra el primer Obispo de Montevideo. Don Jacinto Vera, poco después de haber tomado posesión de la Sede.

"El edificio se destinaba—dice una historia manuscrita y anónima de aquellos días—para que fuese al mismo tiempo Colegio y Seminario, según el acuerdo del Sr. Obispo con el R. P. Homs, Superior de la Misión. Comenzóse a edificar con las limosnas que hicieron el Sr. Obispo, la familia Jackson, doña María Gil, doña Plácida Costa de Burzaco, el R. P. Superior de la Misión y el producto de la venta de dos casas que la Compañía poseía en esta ciudad. Todo ascendía a la suma de 23.094 pesos.

Construída la primera ala del edificio, cuyo frente se encuentra en la calle Soriano, a 35 metros de la calle Médanos, y sigue derecho hasta la calle Canelones, opuesta a Soriano, es decir, un edificio de una cuadra de largo, 87 metros, con veinte puertas al Este, a igual distancia, 2 metros y pico, y otras tantas ventanas al Oeste, y por razón del declive del terreno con un piso bajo, desde la mitad de la manzana hasta Canelones, con diez puertas a un lado y otras tantas ventanas o puertas al otro; y además, al lado Este del frente, cuatro ventanas a la calle Soriano, con otras tantas al interior, 10 metros, formando todo el conjunto un gran martillo, sin corredores ni segundo piso, sino campo por uno y otro lado, aunque cercado por una lijera muralla alrededor de las cuatro calles".

Todo eso fué obra del P. Cabeza. El 26 de agosto llegó el P. Ramon Morel, y ese mismo día tomó el cargo de Superior de la Residencia de Canelones; y el 24 de octubre de ese mismo año, 1879, se trasladó con toda la Comunidad al nuevo edificio de la calle Soriano, donde había de ser el Gran Rector por espacio de casi 12 años.

"El 20 de febrero de 1880 entraron—dice la misma versión manuscrita— los primeros Seminaristas, que eran doce niños escogidos de familias modestas o pobres, y ese mismo día empezaron los Ejercicios, que han seguido haciéndolos todos los años, por este mismo tiempo, por espacio de ocho días, y con riguroso silencio, como los nuestros (de los Jesuítas). Desde un principio se les impuso un reglamento semejante al de los Religiosos Escolares y se determinó que no fueran nunca a sus casas, ni aun en vacaciones, lo cual ha dado muy buenos resultados.

El primero de marzo se dió principio al curso con una clase de ínfima, regentada por el P. José Antillach, que, al mismo tiempo, desempeñaba el cargo de Prefecto del Seminario."

Ese día primero de marzo, los Seminaristas oyeron Misa y comulgaron de mano del Nuncio Apostólico, Monseñor Luis Matera, quien les dirigió la palabra y se mostró muy complacido de la fundación de este Seminario, y dijo que daría cuenta a Su Santidad, León XIII, de tan fausto acontecimiento.

En 1881 entraron los primeros alumnos seglares, en número de cinco, siendo el primero de todos ellos el que más ha figurado, el doctor Elbio Fernández, primer alumno seglar, primer bachiller y primer abogado de entre los egresados del Colegio-Seminario. El primer alumno de todos, el

verdadero protoalumno, fué don Jaime Ros, Cura de Tacuarembó desde 1890, actual Decano de todos los Párrocos del Uruguay.

Los Rectores del Colegio-Seminario, por orden cronológico, han sido los Padres Ramón Morel, Antonio Garriga, Pablo Gualdo, José López, Ramón Crexáns, José Llussá, José Doménech, Juan Faustino Sallaberry, José María Ezpeleta y José Strassener.

El P. Morel, en sus casi doce años de rectorado, construyó el corredor del pabellón Central, levantó el ala sur del edificio, que corre por la calle Canelones, que comprende la cocina y oficinas anejas, comedores, algunos estudios y el salón de actos públicos, la Iglesia y el ala norte, que corre por la calle Soriano. El Padre Garriga levantó el ala de la calle Vázquez, al Este, y el P. Llussá echó un tercer piso en todo el frente de la calle Soriano.

En 1888 salieron los primeros Sacerdotes. Eran éstos José Jacinto Catalá y Moyano, el Canónigo José Bergara, Manuel González y Nicolás M. Berriel. Y el 1890, antes de que el primer Rector entregara el mando, salieron los Presbíteros Jaime Ros, Antonio S. Ardoino, José De Luca, Francisco Irisarri y Pedro Oyasbehere. De modo que el P. Morel vió concluir la carrera a todos los alumnos fundadores que perseveraron en su vocación, menos al P. Antonio Castro, S. J., que, por haber entrado en la Compañía de Jesús, retrasó su ordenación sacerdotal. Y ahora, a la vuelta de medio siglo, podemos afirmar que todos ellos han sido, y son, [gl]oria de la Iglesia y de la Patria, sin que ninguno haya apostatado.

¡Qué difícil es que en una colección de doce no haya un Judas!

El mero hecho de que el primer Rector viera los primeros Sacerdotes, ya demuestra por sí mismo que al bajar el P. Morel dejaba instalados todos los cursos del Bachillerato y las Facultades de Letras, Filosofía y Ciencias y de Teología del Seminario. La Iglesia estaba a punto de inaugurarse y en marcha los tres Gabinetes de Física, Química e Historia Natural, que siempre fueron de los buenos que hubo y hay en Montevideo

Toda esa gran máquina docente no ha parado un momento en 54 años de asidua labor. Por las aulas del Colegio-Seminario han pasado más de cinco mil alumnos, entre seminaristas y seglares; y de ellos han salido casi todo el alto Clero, todos los actuales Prelados de esta Provincia Eclesiástica, una gran pléyade de profesionales, industriales, comerciantes, estancieros, empleados, técnicos y hombres que han desempeñado todas las humanas actividades. Para darse cuenta de ello, basta dar una ligera ojeada al Catálogo General de alumnos y ex alumnos publicado en 1930, con motivo del cincuentenario del Colegio.

CAPITULO V
MINISTERIOS APOSTOLICOS

Con la transformación de la Residencia en Colegio-Seminario, no decayeron, como podría sospecharse, los ministerios apostólicos. Los Padres siguieron acompañando a Don Jacinto Vera, y luego a los sucesores, en sus excursiones apostólicas en todo el país. En 1880 dieron los Padres del Seminario, en compañía del Prelado, diez misiones, once en 1881, y así sucesivamente, con más o menos alternativas, hasta que el 17 de agosto de 1896 el P. Francisco Costa fundó el Centro Apostólico de San Francisco Javier, para dar misiones rurales en los puntos adonde no llega el sacerdote, buscando en ello la cooperación de los clérigos y de todos los religiosos que deseen dedicarse al ministerio apostólico, en las grandes soledades de nuestra inmensa campaña, que con la irradiación misionera desde el Colegio-Seminario ha tenido, y tiene, una difusión y un empuje siempre en auge y de una extensión e intensidad no sospechadas, irradiación que se ha extendido estos últimos años a los suburbios de varias ciudades: Montevideo, Melo, Florida, etc., con extraordinario fruto.

El Centro Apostólico de San Javier tiene hoy su órgano, intitulado "San Javier", con un tiraje de 28.000 ejemplares, que se difunde en otros tantos

hogares de campaña adonde no llegan diarios ni revistas, buenos ni malos, y no sería difícil que tuviera más de 200.000 lectores.

En 38 años de vida apostólica el Centro de San Javier ha dado 2.170 Misiones, erigido 1.047 cruces de misión, administrado 34.068 bautismos, 87.277 confirmaciones, 102.944 primeras comuniones, 212.456 comuniones no primeras y autorizado 5.320 matrimonios.

Como fruto de las misiones se han fundado 380 centros catequísticos distribuyéndose 216.056 catecismos, 585.828 libros, folletos, hojas impresas, etcétera, 39.102 rosarios y 1.652.032 estampas, medallas y objetos piadosos y amparado y fomentado 228 vocaciones sacerdotales y religiosas.

En los ministerios apostólicos debemos contar entre los más fructuosos los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, en Larrañaga, dos tandas anuales al Clero, y en estos últimos 34 años, 77 tandas a obreros, caballeros y jóvenes, con un total de unos 1.400 ejercitantes laicos. Uno de sus mejores frutos es la obra de la perseverancia. Centenares de obreros y caballeros comulgan los últimos domingos de mes, como fruto de esta obra, en nuestra Iglesia, con edificante constancia, tomando después el desayuno en común y oyendo una plática del Director Espiritual. En 1923 tomaron los Padres del Colegio-Seminario la dirección espiritual del Círculo Católico de Obreros y todavía la conservan con gran fruto de las almas en esa poderosa institución católica que cuenta con unos 14.000 socios, y una sede espléndida perfectamente organizada y administrada.

En el Colegio-Seminario funcionan cinco Conferencias de San Vicente de Paul, cuatro de jóvenes ex alumnos y una de caballeros, y ya sabemos lo que las Conferencias significan para el apostolado catolico, de caridad fraterna y bien de las almas.

Siempre ha florecido en nuestra Iglesia el Catecismo de niños y niñas con verdadero empuje, contando en todos los tiempos con excelentes catequistas, como el P. Ramón Angla, el P. Pío Gibernau, el P. Pedro Cendra, y ahora los PP. Wauters y Viapiana. Los niños y niñas, en número de 700 a 1.000, aprenden la doctrina cristiana y oyen Misa todos los domingos del año a las 11 y 30, habiendo, para ello, una Capellanía fundada, y todos los años hacen la primera comunión de 350 a 400 niños y niñas.

Complemento del Catecismo y del ministerio con los obreros católicos es la Escuela Gratuita de San Ignacio, a la que asisten asiduamente de 200 a 220 niños, con cinco clases y grados muy bien organizados. Oyen Misa los domingos en corporación, y constantemente se anotan conversiones y bautismos y arreglos de matrimonios entre los alumnos y sus familias. Ha dado también la Escuela de San Ignacio varias vocaciones sacerdotales y religiosas. Fundada en 1927, ha funcionado siempre con un lleno completo.

Entre los ministerios del Colegio debemos enumerar el Catecismo y la Escuela de Larrañaga, y todos los ministerios de su Capellán, que en un tiempo tuvieron personalmente los Jesuítas y ahora los atienden por un clérigo secular; el Catecismo y los demás ministerios de Miramar, el Catecismo de Santa Teresita en el barrio de la Mondiola, atendido por los Padres secundados por señoritas y por alumnos del Colegio-Seminario y congregantes de la Congregación Mayor. Y otros Catecismos más o menos estables, según las posibilidades de personal y circunstancias, en el Cerro, en Monte Caseros, Cuchilla Grande, etc.

Un ministerio muy asiduo y muy fructuoso de los Padres del Colegio es, y ha sido siempre, el de los hospitales y sanatorios de la capital y asistencia a los enfermos y moribundos, día y noche, sin desfallecer jamás. Actualmente el P. Guillermo Furlong es el Capellán del Hospital Británico.

Cada año se dan muchas tandas de Ejercicios a Comunidades religiosas y a instituciones católicas, como el Apostolado Seglar, las Conferencias de San Vicente de Paul, la Congregación Mayor, Estudiantes Católicos, Estudiantes Católicas, Hijas de María, etc.

Todos los años se hace en nuestra Iglesia, con toda solemnidad, el Mes de María, dos veces al día, y el Mes del Sagrado Corazón; se da una tanda

de ejercicios a las señoras del Apostolado, como preparación de la Fiesta de San Ignacio de Loyola, que concluye la víspera de su fiesta, y suele ser muy concurrida. Sólo en el Mes de María suelen comulgar unas 25.000 personas.

El fruto de nuestros ministerios ha ido siempre en aumento, con agrado de los fieles. Una pauta de ese aumento puede ser el aumento de las Comuniones anuales. En 1877 fueron 3.455; en 1900 llegaron a 74.790; en 1920 eran 125.110; en 1930 subieron a 154.056, y en 1933 pasaban de 164.000. Como se ve, a medida que avanza el tiempo se acelera visiblemente la progresión ascendente de las comuniones anuales.

Al salir el decreto de Pío X "Sacra Tridentina Synodus", el Colegio-Seminario implantó la Comunión frecuente y diaria entre los alumnos con notable fruto espiritual y firmeza en las prácticas católicas de sus alumnos. El segundo Provincial de esta Provincia de la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay implantó con gran energía y no pequeño fruto, la Misa diaria, para fomentar a fondo y dar medios efectivos a los alumnos, a fin de que pudieran comulgar frecuente y diariamente.

Los alumnos bachilleres hacen cada año una tanda de Ejercicios en Larrañaga, a que acuden libremente, y ellos mismos la piden; y los hacen con sumo recogimiento, disponiéndose para emprender como caballeros católicos la vida universitaria.

CAPITULO VI
INSTITUCIONES CATOLICAS DEL COLEGIO-SEMINARIO

Además de la Escuela Gratuita, las Capillas de Larrañaga (Jackson) y Miramar, de las Conferencias Vicentinas y del Centro Apostólico de San Javier antes enumerados, como en todos nuestros Colegios, florecen entre nuestros alumnos dos Congregaciones Marianas de la Inmaculada y San Luis para alumnos mayores y menores.

La Congregación Mayor, compuesta de caballeros y jóvenes de todas las clases de la sociedad, y en especial de la clase media y superior. Hasta ahora habían funcionado en una sola sección los caballeros y jóvenes. Este año se ha pensado en dividirlos en dos secciones, pero formando, lo mismo que antes, una sola Congregación. Ambas secciones tienen su respectiva Junta Directiva, pero un solo Director Espiritual, sin perjuicio de que los jóvenes tengan un Subdirector.

La Congregación de Alumnos pasa por un período muy floreciente con sus academias y secciones de caridad, catequesis, apostolado seglar, acción católica, etc.

La Congregación Mayor está entrando también en un período de resurgimiento. Hace años que se presenta en la Procesión de Corpus con no pocos centenares de caballeros y jóvenes, que ostentan su medalla a la luz del sol sin ningún respeto humano; y a sus filas pertenecen hombres de todas las profesiones universitarias, y civiles y políticos de alta alcurnia, que honran a Dios y se honran a sí mismos con esa confesión. Aunque los actos propios de la Congregación Mayor tienen lugar por reglamento los segundos domingos de mes, todos los domingos del año, incluso en los meses de verano y vacaciones, asisten en buen número a la Misa de 9 y comulgan todos o casi todos, con gran edificación del público y del alumnado. El hecho es que esa Misa parece un jubileo cada domingo. Un antiguo congregante, recién venido del viejo mundo, después de largos años de ausencia, me decía: "Aquí parece que comulgan por multitudes". En efecto: tres Padres dan simultáneamente la Comunión, a riadas de fieles de ambos sexos y de todas edades, largo rato, en esa Misa.

En estos últimos tiempos se están sumando en esa Misa, en determinados domingos, las comuniones mensuales de varios Círculos de Estudiantes Católicos de diferentes Facultades y Liceos; y la Congregación Mayor hace obra de apostolado facilitándoles local y enseres para sus reuniones, cada vez más firmes y numerosas. También la A.E.C.—Asociación de Estudiantes

Católicos—suele tener sus reuniones en los salones de la Congregación Mayor

Una gloria constante y pura de la Congregación Mayor ha sido, y es, proporcionar gran número de socios a todas las Conferencias Vicentinas de Montevideo; y es altamente edificante ver cómo, después del acto de la Congregación, los domingos, convienen las parejas para ir a visitar los enfermos y los pobres.

La Congregación Mayor posee una buena biblioteca, con libros de consulta para los jóvenes liceales y universitarios y un pequeño gabinete de piezas plásticas y huesos para el estudio de la anatomía y algunos elementos de juego para amigable entretenimiento los domingos y días festivos.

En otro tiempo floreció en ella la Academia de San Berchmans, en una seccion de jóvenes fundada y dirigida por el P. José María Blanco, pero esa sección ha desaparecido y sólo quedan de ella algunas pruebas históricas en las actas y en el sello de algunos libros en la biblioteca. Esperamos que, con la creación de la Sección de Jóvenes, vuelvan a reflorecer los estudios, que nunca han desaparecido del todo, pues la biblioteca sigue su movimiento normal, y no faltan jóvenes, en todos los tiempos, que se aprovechen del microscopio, de los huesos y de las piezas plásticas del gabinete.

. En estos últimos tiempos la Congregación ha ido renovando lenta, pero firmemente, el mobiliario de su sala, a cuyo frente ha colocado un busto de mármol de su Presidente vitalicio, Juan Zorrilla de San Martín, obra de José Luis Zorrilla de San Martín. Ojalá se despierte en ella un gran espíritu de sacrificio y de apostolado católico tan propio de las Congregaciones Marianas, y que tanta falta nos hace en estos tiempos de la Acción Católica, tan anhelada y bendecida por Su Santidad, Pio XI, gloriosamente reinante.

El 13 de marzo de 1932, la Asamblea de la Congregación Mayor, a raiz de la famosa Semana de Estudio de Monseñor Caggiano, determinó adherir a la Acción Católica, apenas se fundase, como lo cumplió el 28 de Octubre de 1934 y comunicó por nota, ocho días después, siendo la primera en hacer acto de adhesión a la A. C.

En estos momentos está empeñada la Congregación Mayor en una obra que no es suya, sino de todo el pueblo uruguayo, y en especial, de todo el catolicismo uruguayo y de toda la Iglesia Católica del Uruguay, y si la ha emprendido la Congregación, no es porque tenga conciencia de que pueda llevarla a cabo por sí misma, sino porque alguien había de tomar la iniciativa, siquiera para dar el primer paso en un camino difícil, pero no imposible, y porque sabía que había de contar con el apoyo moral y material de los Prelados y de todos los hombres y mujeres de bien de esta generosa y cristiana tierra, en una causa que a todos les es cara, y que todos la miran como cosa suya; y que, puesta en vías de realizaciones, no le faltarán recursos materiales y ni el concurso decisivo de todas las voluntades.

Se trata de introducir la Causa de Beatificación del Siervo de Dios Don Jacinto Vera, el hombre más popular y más conocido en todo el Uruguay, primer Obispo de Montevideo y el verdadero Apóstol de la República Oriental del Uruguay, en la verdadera acepción de la palabra.

El 11 de mayo de 1930, a moción del P. Director, la Junta Directiva, por aclamación, tomó la iniciativa a fin de introducir jurídicamente la Causa de Beatificación de Don Jacinto Vera. Repartió paradigmas, a fin de que los fieles hicieran esa petición al Ordinario, y en poco tiempo, sin ningún esfuerzo ni mayor organización, recogió cerca de 30.000 firmas, que, encuadernadas en tres gruesos volúmenes, entregó al Excmo. Sr. Dr. D. Juan Francisco Aragone, a quien se dirigió por nota del 29 de Junio de 1930, pidiendo en nombre propio y de todos los católicos uruguayos, la Introducción de la Causa por ante Tribunal competente, conforme al canon 2003; pasó traslado de la nota a los Sufragáneos, Excmos. Sres. Tomás Gregorio Camacho y Miguel Paternain, y dió la noticia al Excmo. Sr. Nuncio, Dr. D. Felipe Cortesi, en un telegrama con 106 firmas de todos los dirigentes católicos de Montevideo y algunos de la campaña, de esa petición, que la creía de todo el pueblo uruguayo y que iba de hecho respaldada con 30.000 firmas recogidas de

improviso.

El Excmo. Sr. Arzobispo aceptó, en principio, la introducción de la Causa, en nota del 26 de julio de 1930. "En contestación (a la nota del 29 de junio), pláceme, escribía, manifestar que aplaudo y acojo con el mayor entusiasmo la feliz iniciativa de la benemérita Congregación Mayor; y que será para mí un honor y una inmensa satisfacción el poder contribuir a la glorificación del que fué modelo de Prelados y dechado de virtudes, haciendo que se instruya en esta Arquidiócesis, ante tribunal competente, la Causa de su Beatificación".

En análogos términos contestaron Monseñor Camacho y Paternain, aplaudiendo, sin reservas, la iniciativa de la Congregación Mayor. El vicepresidente de la misma, don Rafael Algorta Camusso, escribió un folleto, del cual se hizo una edición de 5.000 ejemplares, que ya está casi agotada. También se imprimieron 10.000 ejemplares de la "Novena o Triduo a la Santísima Trinidad", pidiendo la glorificación del Siervo de Dios, que fué indulgenciada por los Tres Prelados, y está ya agotada, y la Congregación Mayor ha impreso una segunda edición, también de 10.000 ejemplares, que está en circulación.

El P. Sallaberry, S. J., pronunció en el Instituto Histórico y Geográfico una conferencia sobre la personalidad de Don Jacinto Vera, publicada en EL BIEN PUBLICO, de la cual, junto con un artículo que salió en "Estudios" de Buenos Aires, ha hecho la misma Congregación un tiraje de mil ejemplares.

Por nota del 20 de febrero de 1931 nombró la Congregación Mayor, Postulador de la Causa, en Roma, a Monseñor Eduardo Prettner Cippico, quien ha aceptado el cargo y ya ha inscrito su mandato en la Sagrada Congregación de Ritos, para emprender inmediatamente el proceso diocesano, en orden a la Beatificación de D. Jacinto Vera. Entre tanto el Director de la Congregación Mayor, ha trabajado y trabaja constantemente en la búsqueda de documentos y en la redacción de "Los Artículos del Vicepostulador", los cuales están actualmente en prensa, a fin de procederse, sin demora, a la Introducción de la Causa y a la interrogación de los testigos, lo cual, sin duda, urge, porque aun hay muchos testigos de vista y sería una lástima que se perdiesen.

La Causa de Beatificación del Siervo de Dios, tan querida de todo el pueblo uruguayo, sin distinción de credos ni de matices, ha entrado por vías de hecho, por el cauce de las realidades.

Muchos piden la Beatificación del primer Obispo. Todos la desean, y él va concediendo muchos favores y gracias a los que a él acuden con fe y esperanza. Sería de desear que esos favores y gracias se manifestasen por palabra, y mejor por escrito, al Director de la Congregación Mayor, P. Juan Faustino Sallaberry, S. J., Soriano 1472, Montevideo, al Párroco, a algún sacerdote o al Prelado respectivo, para que puedan tomarse en cuenta para la glorificación del Siervo de Dios.

Una institución eminentemente eclesiástica, y entre nosotros eminentemente popular, en la cual se unen e identifican las aspiraciones de la Iglesia y del pueblo católico uruguayo, y que altamente honra al Colegio-Seminario, no porque sea suya, sino porque de él arranca, desde los tiempos de Cuestas, es la Procesión de Corpus, la cual, en cierto modo, le debe su existencia y desarrollo. Porque habiendo prohibido Cuestas las manifestaciones públicas del Catolicismo, y quedando, por lo mismo, suprimida la Procesión de Corpus, el Gobernador Eclesiástico, Excmo. Sr. Dr. D. Ricardo Isasa, tuvo la feliz idea de salir a la calle sin pedir permiso, pagando la multa, si menester fuera, y mantener la Procesión de Corpus, aunque no hubiera otra manifestación pública del culto católico por nuestras calles. Y diciendo y haciendo, se arregló con el Rector del Colegio-Seminario, que lo era el P. Ramón Crexáns, y salió la Procesión, primero alrededor del Colegio-Seminario, luego se fué alargando hasta la calle Magallanes, y por fin, los católicos pidieron, en

tiempo de Monseñor Joannemann, en 1919, que la Procesión se lanzara por la calle 18 de Julio, desde el Seminario hasta la Catedral, ahora ya con la debida autorización, y por eso, sin duda, ocupa toda la calzada; antes sólo ocupaba el lado derecho y dejaba el izquierdo libre. Al principio los fieles se reunían en los patios, salones e Iglesia del Seminario. Después empezaron a quedarse muchos en la calle Soriano, porque, o no cabían o les costaba salir del Colegio-Seminario, salida que alargaba hora y media la Procesión. Para resolver esta dificultad, el P. Sallaberry, Rector, propuso formar la Procesión toda en la calle: las mujeres en San José Chico, desde Médanos hasta Salto, y los hombres en Soriano, desde Médanos a Magallanes; y este año de 1934, don Joaquín Serratosa Cibils propuso la formación de las mujeres en 18 de Julio, desde Ejido hasta Vázquez, y los hombres en Médanos y Soriano, desde Constituyente hasta Vázquez. La columna era al principio de tres en fondo, luego de cuatro en fondo, más tarde de seis en fondo y se suprimieron los niños menores de 12 años, después de ocho y doce en fondo, y por fin, este año, de veinte en fondo, con un sorprendente resultado. No hay en el mundo una Procesión de Corpus más popular ni más arraigada que la Montevideo. Es toda de la Arquidiócesis, la Cruz, de la Catedral; la Custodia de la Catedral; los ornamentos, de la Catedral; y toda la procesión la organizan la Curia y la Catedral. Lo único que tiene el Colegio-Seminario es el punto de partida; y todos los años el Excmo. Sr. Arzobispo, o quien haga sus veces, piden la respectiva venia, traen los ornamentos y organizan la Procesión, que no es nuestra, sino Metropolitana, pero tenemos el honor y la gloria de prestarle nuestra modesta ayuda, dándole el punto de partida, y con él la existencia desde los tiempos de Cuestas. El nuevo recorrido lo empezó el 22 de junio de 1919. Según unos, eran 25.000 concurrentes, según otros 35.000 y según otros, muchos más. La impresión era que todo Montevideo era católico. Hoy pasan de 100.000 (cien mil).

Es tradición de familia que las hermanas doña Sofía y doña Clara Jackson hicieron voto al Sagrado Corazón, de levantar un templo en su honor en el Colegio-Seminario, si Santos no desterraba a los Jesuítas. No los desterró, y ellas levantaron uno de los templos más espaciosos y más hermosos de la capital uruguaya, llamado por antonomasia **la iglesia de los hombres**, que ha tenido siempre en nuestra sociedad una intensa vida eucarística, y sobre todo, la inmensa gloria de haber contribuido providencialmente a la conservación y desarrollo de esa inmensa institución del catolicismo uruguayo, la Procesión de Corpus.

En ella no influyen para nada el aliento ni el fausto oficial. Es pura y netamente popular. En otros tiempos hemos visto al ejército formar de parada en la Procesión de Corpus, hemos visto bajar nuestra bandera del asta del Cabildo para rendir homenaje al Rey de la Gloria que paseaba por nuestras calles. Pero don Juan Lindolfo Cuestas, el ministro de Justicia, Cultos e Instrucción Pública que tanto bregó por la implantación del divorcio y de la ley de conventos, siendo después Presidente de la República, no solamente no prestó su concurso oficial a la Procesión de Corpus, sino que quiso exterminarla y hacerla desaparecer de las costumbres populares, y lo único que ha conseguido a la vuelta de una generación, es agigantarla y arraigarla en las entrañas mismas de nuestro pueblo, profundamente católico y por lo mismo profundamente eucarístico.

El año 1934, año del XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, la Procesión de Corpus de Montevideo ha revestido extraordinarias proporciones. Según los cálculos de la prensa, en general, los que formaban en la Procesión no bajaban de 100.000 (cien mil) personas. Un periodista contó 1.600 por minuto, y como el desfile duró 70 minutos, pues la Cruz salió de Ejido a las 14 en punto y el palio llegó a Ejido a las 15 y 10, podemos apreciar la columna delante del Santísimo en 112.000 personas. Las que iban detrás del Palio no bajarían de 15.000. Por consiguiente, no es aventurado decir que en la Procesión iban de 120 a 130 mil personas.

Fué un grandioso homenaje a Jesús en la Eucaristía; una digna coro

nación de la Semana Eucarística Uruguaya; una elocuente manifestación de fe en honor del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, y la mejor preparación del catolicismo uruguayo para tan grande acontecimiento, cual es la primera venida de los Congresos Eucarísticos Internacionales al continente sudamericano, cerrando el ciclo de su visita a todos los continentes de la tierra; pues nacidos en Europa, en Francia, salieron del viejo continente, pasando a Londres. Entraron en Norte América por Canadá, en Montreal. Asomaron en Asia por Jerusalén. Llegaron al Extremo Oriente por Sidney, en Australia. Visitaron el Africa desde Cartago; y ahora arriban a Sud América por el puerto de Buenos Aires. Los Congresos Eucarísticos Internacionales han visitado, pues, todos los grandes continentes del globo terráqueo: Europa, Asia, Africa, Australia, Norte América y Sud América. En ninguna parte son ya desconocidos, y en todas partes muy honrados y sumamente populares.

Otra institución muy floreciente que vive en el Colegio-Seminario es el Apostolado de la Oración de señoras y señoritas. Son muy numerosas y tienen su casa propia frente al Colegio y junto a la Escuela Gratuita de San Ignacio, con su biblioteca y oficinas para el gobierno de la institución. Siempre se han distinguido por su piedad acendrada y por el vigor de la disciplina. Y es una de las corporaciones femeninas más numerosas y representativas de la Procesión de Corpus, esa gran manifestación de la Fe Católica uruguaya, en que se dan citas las instituciones católicas todas de la capital y no pocas del interior.

La sección de hombres del Apostolado de la Oracion nunca ha sido tan floreciente como la de señoras, quizá porque sus preferencias se han dirigido a las Conferencias Vicentinas y a la Congregación Mayor.

Fruto del Apostolado de la Oración, y una de sus mejores esperanzas, es la fundación de la Cruzada Eucarística de niños y niñas, que comulgan todos los jueves, y muchos de ellos los domingos. La Cruzada se ha difundido por todo el país. Tiene su órgano, "La Cruzada", linda revista infantil, con un tiraje de 4.000 ejemplares.

La Cruzada Eucarística tiene ya bien formado su espíritu de cuerpo y es una institución católica de verdadero porvenir para el Apostolado de la Oración y para la Santa Iglesia. Da gusto ver con qué devoción y con qué conciencia cumplen los cruzados y cruzadas con sus obligaciones eucarísticas y cuán católicos son en sus infantiles convicciones No hay duda de que se prepara en ellos una generación católica de arraigadas convicciones desde la tierna infancia, y su catolicismo ostenta las más halagüeñas señales de ser obrador y eficaz. Dios lo haga.

Entre los alumnos del Colegio-Seminario florecen, y cada vez con más arraigo, las instituciones de la Propaganda Fide y de la Santa Infancia. Constantemente depositan sus pequeños óbolos para la propagación de la Fe entre infieles, y cada año se da una brillante academia o acto público de misionología, en que toman parte los alumnos con brillantez, generosidad y eficacia, exponiendo los resultados de los trabajos apostólicos y de los misioneros católicos en las regiones de infieles, ilustrándose e ilustrando al público sobre el sorprendente desarrollo de las Misiones católicas en las cinco partes del mundo, con datos estadísticos y proyecciones demostrativas del estado de las Misiones.

CAPITULO VII
VIDA INTELECTUAL: LITERARIA, CIENTIFICA, FILOSOFICA Y TEOLOGICA

Al concluir su Rectorado el P. Ramón Morel, habían salido los primeros bachilleres y los primeros sacerdotes, lo cual importaba ya el planteo normal de toda actividad literaria, científica, filosófica y teológica, que habían de medrar en las aulas del Colegio-Seminario y desarrollarse más y más, como las partes de un organismo sano y lleno de vida.

Los seminaristas, y con ellos los colegiales seglares, en los primeros doce años siguieron los cursos clásicos del Ratio Studiorum, con pequeñas modificaciones. Estudiaron, pues, latín y griego, humanidades y retórica, según los moldes clásicos, con el natural resultado de formar hombres de excelente gusto literario y profundamente versados en las lenguas clásicas, no menos que en las ciencias, la filosofía y teología. De esos tiempos son Elbio Fernández, Pedro Oyasbehere, los dos Hargain (Luis y Juan), Timoteo Muns, Angel Navea, Jaime Ros, Francisco Irizarri, Antonio Castro, Antonio S. Ardoíno, Carlos Ferrés, Agustín Aguerre, para no nombrar sino algunos de los principales

Había cuatro cursos de humanidades, incluyendo la retórica, tres de Filosofía y Ciencias Naturales y Exactas y cuatro de Teología. Ningún seglar seguía los cursos de Teología; pero seguían todos los demás cursos. Recién en 1891, empezaron a darse por separado a los seglares, lecciones de Filosofía en Castellano. Hasta entonces la habían estudiado en Latín. Este cambio fué una necesidad, tanto para el resultado de los exámenes, que, aunque nunca fueron malos, exigían demasiado esfuerzo de parte de los alumnos, cuya afición al Latín no creo que fuera muy profunda, y cada vez le tenían menos amor, y hasta, al fin, verdadera repulsión e inquina, quizá porque la formación clásica, se salía cada vez más de los moldes de la enseñanza oficial, a la cual debían someterse, al fin de cuentas, para hacer valer sus estudios en la vida práctica, que se hacía cada día más absorbente de todas las humanas actividades.

Los seminaristas y seglares iban juntos en las clases, pero separados en los patios de recreo, y en los salones de estudio. La vida intelectual era común y la vida doméstica separada. Los Seminaristas tenían sus exámenes de conciencia, oración mental y lectura espiritual, y otros ejercicios espirituales propios de los que se preparan a servir en el Santuario, que no son tan propios ni tan acomodados a los Seglares, en general, y de ahí esa semi-separación de los alumnos de ambas categorías. No sé lo que, en otros Seminarios haya sucedido; pero, en lo que toca al nuestro, soy testigo de vista y puedo asegurar que ningún daño se seguía a los Seminaristas en su trato con los Seglares, tal como estaba planteada la disciplina entre nosotros.

Antes, al contrario, los Seminaristas eran un buen ejemplo para los Seglares y un noble competidor en el cultivo de las ciencias y de las letras; pues era fama bien conquistada que los Seminaristas figuraban siempre, y en todas las clases, entre los mejores alumnos, no sólo por su piedad, sino también por su aplicación al estudio y por su aprovechamiento, tenaz y resuelto

Y juzgando las cosas por sus frutos conforme al consejo del Divino Maestro, en 44 años que duró ese período del Colegio-Seminario, cuadrando de lleno el nombre a la categoría de los alumnos, de los Seminaristas perseveraron el 52 o o, y muy pocos son los que han sido infieles a su vocación, y en general se puede afirmar con toda verdad que el clero de esa época ha sido santo e ilustrado, con la ventaja de que los Seminaristas sacaban del Seminario sus mejores amistades y sus mejores relaciones sociales. Eso me pasó a mí, y son testigos experimentales todos cuantos cursaron sus estudios en esa gloriosa época del Colegio-Seminario, a la cual pertenecen, como ya indiqué antes, todos los Prelados de esta Provincia Eclesiástica: el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Montevideo, Dr. D. Juan Francisco Aragone, y los Excmos. Sres. Obispos de Salto y Florida-Melo, D. Tomás Gregorio Camacho y D. Miguel Paternain, y casi todo el alto clero de la República

Los seminaristas y seglares tomaban de consuno parte en todos los actos científicos, artísticos y literarios del Colegio-Seminario, que en todos tiempos han abundado, como ornato y complemento de la formación de los alumnos, y suelen siempre abundar en todos los establecimientos docentes regidos por la Compañía de Jesús. Esos actos suelen ser públicos, privados

y semipúblicos. Los actos públicos se tienen cinco o seis veces al año, con motivo de las concertaciones mensuales y promulgación de dignidades y distribución de premios que se hacen siempre con gran solemnidad y son muy típicas y muy propias de los Colegios de Jesuítas. Suele de vez en cuando añadirse algún acto público muy solemne con motivo de algún acontecimiento, como el 25.º aniversario del Centro Apostólico de San Javier, el cincuentenario del Colegio-Seminario y otros sucesos de esos que son como hitos en el camino de la vida y de la historia.

Los privados se tienen en clase, o en algún salón, en presencia sólo de los alumnos del curso, o de algún curso inmediato y de algunos profesores. Los semipúblicos, en presencia de todo el Colegio, o bien en presencia de las familias de un solo curso. Son siempre ejercicios preparados ad hoc de las materias de clase. Entre éstos fué célebre un acto de Retórica que dió el P. Blasco en 1890, delante de todo el Colegio y de todo el Claustro de Profesores. Los alumnos merecieron un caluroso elogio y ser propuestos como ejemplo a todos sus compañeros por el P. José Saderra, Superior de la Misión, que presidía el acto.

En los cursos inferiores es un excelente estímulo para foguear a los niños y hacerles dar con viveza todo lo que saben, corregir al que se equivoca y fijar los conceptos con precisión en la mente, con afición y con la plena conciencia de que luchan por una causa, el de las Bandas de Roma y Cartago. Hay que ver el brío con que defienden los derechos de sus respectivas Bandas y cuánta importancia dan a un punto más o menos, para darse cuenta del estímulo y del provecho que se puede sacar de las Bandas romana y cartaginesa. Cada Banda tiene su bandera y tableros de dignidades, que suman el estímulo corporativo, al estímulo individual de los mejores.

Un día pasaban por el Colegio-Seminario dos visitantes yanquis, que habían recorrido buena parte de Sud América y de nuestro país, visitando establecimientos docentes, para llevar sus observaciones a Estados Unidos Al llegar a una Clase de Preparatoria, en que ardían los desafíos, se quedaron inmóviles contemplando aquel espectáculo, para ellos enteramente nuevo, y apreciando el fruto que se podía sacar de un método tan racional y estimulativo.

CAPITULO VIII
ORGANIZACION ESCOLAR Y MATERIAL DE ENSEÑANZA

El edificio está dividido en siete partes, que abarcan toda su organización y da cabida a todo su material de enseñanza física, intelectual y moral: las clases y los estudios, los gabinetes y bibliotecas, los refectorios y los patios, y, por último, la Iglesia.

En los estudios y clases, los alumnos tienen mesas individuales, sencillas pero cómodas y adecuadas a su edad y condiciones. Hay diez cursos: cinco de preparatorias, uno de ingreso y cuatro de bachillerato. En todos ellos se estudia francés e inglés, y se van graduando los demás estudios, conforme a los planes oficiales, a fin de poder rendir a su debido tiempo los exámenes en la Universidad del Estado, condición necesaria, entre nosotros, para la validez de los estudios y de los títulos.

Durante largos años, los ex alumnos del Colegio-Seminario se examinaban como alumnos libres, con satisfactorio resultado. Pues todos los años se presentaban más de doscientos alumnos de bachillerato, rindiendo unos 1.200 exámenes, y de ellos aprobaban en noviembre el 81 %, término medio, oscilando los promedios entre el 78 % y el 83 %. De los que caían en noviembre la mitad salvaban en febrero. De modo que el resultado final de aprobados pasaba siempre del 90 %. Este dato es tan sólido y seguro, que, habiéndose incorporado el Colegio-Seminario el año 1933, pudo presentar reglamentados la casi totalidad de los alumnos del Bachillerato, y no todos los que rindieron libres eran incapaces de haberse presentado reglamentados

Con lo dicho queda manifestado que el Colegio-Seminario del Sagrado Corazón está ahora habilitado. Queda sujeto a la Inspección Oficial y a la reglamentación universitaria correspondiente. Con ese motivo ha sido visitado tres veces por la Inspección de Secundaria y Preparatorios. La primera para averiguar el estado de su material docente, en orden a la incorporación. Los gabinetes, las clases y las bibliotecas y todo el material de enseñanza, tanto gráfico, mapas, etc., como el plástico, modelos de anatomía, zoología, botánica, mineralogía, etc., y los laboratorios de física, química, merecieron los entusiastas elogios de los señores inspectores, que parecieron salir muy complacidos. La segunda inspección, con el mismo objeto, fué muy ligera y llevada a cabo por el señor Presidente y dos miembros del Consejo de Secundaria y Preparatorios, que también elogiaron la abundancia y bondad del material.

Concedida la incorporación, el primer año no fué visitado el Colegio Seminario por la Inspección Universitaria, delicadeza que guardaron, sin duda, para pulsar antes la marcha del establecimiento en los examenes de fin de curso, y después venir sin prejuicios, y con la conciencia formada a la inspección a fondo que se le pasó en 1934, sin dejar de visitar ni una sola materia, y haciendo en cada una de ellas la inspección completa. La impresión, en general, fué buena, y en algunas clases excelente.

Hicieron sus observaciones, muchas de ellas muy atinadas, y el Colegio va ajustando sus resortes a su nueva situación; y sin duda con ventaja en cuanto al resultado de los exámenes, que en 1933 mejoró en un cuatro o cinco por ciento, en Noviembre, y en 1934 fueron todavía mejores en número y calidad. Examinaron los profesores del Colegio, bajo la presidencia de los inspectores oficiales. Para los alumnos es mucho más descansado y más cómodo dar los exámenes en esa forma, y al mismo tiempo sienten la presión delas notas y lecciones de todo el año, que todas influyen en el examen final. Su escolaridad debe ser mucho más constante y firme, a fin de no exponerse a perder la reglamentación, o a no sacar la nota suficiente para presentarse a exámenes, que se obtiene de las reuniones de profesores, los cuales se reunen cada trimestre, para dar el promedio de las lecciones y sacar de esos promedios el promedio trimestral, que se comunica a la Universidad y a las familias, conservando en tensión la aplicación del alumno, su moral y disciplina.

En cuanto al efecto moral y psicológico, el examen de los reglamentados no ha podido ser más halagüeño, en todos sus aspectos; porque el Colegio-Seminario fué recibido en la Universidad con absoluta corrección, en forma absolutamente impecable, tanto por la dirección como por el profesorado y alumnado en general; nos sentíamos como en nuestra propia casa Y los exámenes fluyeron como una seda, sin el menor tropiezo. Cuando los exámenes eran libres, se pasaba un mes de zozobras y de trabajos; y los alumnos llegaban a rendirse de cansancio. Cuatro o cinco exámenes se resisten bien; pero ocho, nueve o diez exámenes dados cada dos o tres días desmoralizan a cualquiera, por fuerte y calibrado que sea. Mientras esos mismos exámenes, dados en conjunto, suponen un esfuerzo aislado, mucho más llevadero y mucho menos pesado.

Actualmente, sin contar la Escuela Gratuita de San Ignacio, que tiene unos 220 alumnos, el Colegio-Seminario tiene en sus aulas unos 450 alumnos, que se dividen en las siguientes categorías: Apostólicos, Medio pupilos, Externos con estudio y Externos. Su estado es floreciente y digno de su larga y honrosa tradición.

CAPITULO IX

VARONES ILUSTRES DEL COLEGIO-SEMINARIO

P. Morel —

Su más grande hombre fué, sin duda, su primer Rector, el P. Ramón Morel, chileno. Nació el 16 de agosto de 1834; entró en la Compañía de Jesús el 24 de julio de 1861. Murió en Santiago de Chile el 24 de julio de 1908. Llegó a Montevideo el 26 de agosto de 1879, y ese mismo día asumió las riendas del gobierno de la Residencia-Seminario, cuya primera piedra había puesto y bendecido don Jacinto Vera el 16 de diciembre de 1878, siendo todavía [illegible] el P. Miguel Cabeza, lo cual justifica una vez más, el que incluyamos a la Comunidad de la Residencia, en la del Colegio-Seminario.

El P. Morel empuñó con tanto vigor y entereza el timón de esta nave, que flotaba en las ondas de la miseria y de la extrema pobreza, que, a la vuelta de casi 12 años, baja del puente de mando dejando construída la Iglesia y casi todo el edificio; fundados todos los gabinetes de química, física e historia natural; organizados todos los cursos del bachillerato y la facultad de teología para los seminaristas. El prestigio del P. Morel, entre nosotros, no tenía límites; y lo mismo brillaron su entereza y su tino en la construcción de esta inmensa fábrica, en la organización de su vida interna y de sus relaciones sociales, que en las circunstancias más difíciles y aciagas porque pudieron pasar, no solamente este Colegio-Seminario, sino también todas las instituciones católicas y toda la Iglesia uruguaya. A su inmenso prestigio, a su serena firmeza, a su previsión y a su táctica se debió la eficaz resistencia a la ley de conventos de 1885, haciéndola fracasar desde los primeros momentos.

En efecto: prescindiendo de los fundamentos en que se basa la Ley de Conventos y del pretendido derecho de Patronato, fundado en su inherencia a la corona y en su ejercicio por ésta, antes de las concesiones pontificias, desvirtuados todos ellos por la cita de Solórzano, puesto que ni Santos ni otro Gobierno del Uruguay dotó a la Iglesia, ni al Prelado ni a Dignidades ni Canónigos; ni Santos podía tener la pretensión de enviar su atropello a la Santa Sede "para que ella lo apruebe y lo confirme"; prescindiendo, repito, de los vicios de origen y de forma que pudiere tener la Ley de Conventos, su artículo 5.° era admisible y no podía, ni debía, en sí, levantar resistencias, puesto que sólo se refiere a la intervención del Poder Ejecutivo en lo que atañe a la higieno y al orden público.

En eso el P. Morel no opuso ninguna resistencia. Toda su estrategia se redujo a demostrar que el Colegio-Seminario no era convento ni casa religiosa "destinada a la vida contemplativa y disciplinaria"; y por eso admitió la Comisión del Gobierno al solo efecto de demostrar que el Seminario Conciliar no era ninguna de esas dos cosas. En ello convino la Comisión, que se componía de los doctores Alberto Nin y Angel Brian y del Escribano de Hacienda y de Gobierno D. Tomás de Tezanos.

Al venir a pasar la visita el 27 de julio de 1885, el P. Morel los esperaba en la puerta con el Pbro. Nicolás Luquese y los señores Francisco Bauzá, Juan D. Jackson, Félix Buxareo, Dr. Luis Maglione, Ramón L. Barbot, Dr. Vicente Ponce de León, Héctor Pareja, Eusebio Zoa O'Neill y el escribano publico D. Eduardo Simón; y delante de todos ellos declaró, en su calidad de Rector del Colegio-Seminario, que, conforme a lo convenido, los admitía con el solo y único objeto de cerciorarse de que el establecimiento que regentea "no está comprendido en la categoría de Conventos, y que, por consiguiente, no le alcanzaba la Ley de Conventos y su decreto reglamentario que han visto la luz pública en estos últimos días".

Acompañaron a la Comisión en la visita, que hicieron por todo el Colegio, los arriba nombrados y además los señores Enrique Errázquin y Lorenzo Caprario, que firmaron como testigos.

Concluída la visita, se mostraron satisfechos del orden, la disciplina y las condiciones higiénicas del Colegio. Pidieron la nómina de los profesores, y el P. Morel se la negó y les dió sólo el número de ellos; y se ratificó en lo antes dicho, y además declaró que "en manera alguna daba un paso que importara someterse a la Ley de Conventos, limitándose únicamente a dar el número de los profesores y sus condiciones de internos y externos".

Y allí mismo, delante de los nombrados, levantó acta de todo lo actuado, que firmaron todos los nombrados, y autorizó el Escribano Público D. Eduardo Simón, de la cual poseemos copia legalizada y autorizada por el nombrado Escribano; de modo que no quedase duda de que el P. Morel no había reconocido la Ley de Conventos y sólo había acatado a la Soberanía en orden a cerciorarse de que el Colegio-Seminario no era Convento, ni casa religiosa correccional, ni de vida contemplativa; y que, por lo tanto, no le alcanzaban las de la Ley de Convento; y esto por un instrumento público debidamente autorizado y que hiciera fe en todos los tiempos.

La Comisión de Gobierno se mostró conforme, y así lo manifestó al Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Don Juan Lindolfo Cuestas, en su informe del 14 al 17 de agosto de 1885, por estas palabras:

"**Seminario Conciliar,** sito en la calle Soriano, dirigido por la Compañía de Jesús y regenteado por **nueve** Clérigos y **cinco** Profesores seglares que viven fuera del Establecimiento. Existen **cincuenta y ocho** alumnos internos pensionistas y **dos** gratuitos, **treinta y tres** medio pupilos pensionistas, **seis** externos pensionistas y **diez y seis gratuitos.** La enseñanza (que) se da es secundaria y superior, comprendiendo ésta la carrera del Sacerdocio."

Nombra además el informe otros nueve establecimientos visitados, y de los diez da el siguiente honroso testimonio: "Todos los Establecimientos inspeccionados se encuentran **en perfectas condiciones sanitarias; y en ninguno** ha notado la Comisión signos o manifestaciones de que se haga vida contemplativa o disciplinaria; esto es, que los fines de los Institutos se hayan desvirtuado, convirtiéndose en Conventos o Monasterios."

Todos siguieron la extratagema fundada en la verdad y la realidad canónica de los establecimientos, de que no eran Conventos y de que no les alcanzaban las generales de la Ley del 14 de julio.

Don Juan Lindolfo, recibido el informe, el 17 de agosto de 1885, le puso al pie la frase lapidaria y fría:

"Enterado. Archívese. — **Cuestas.**"

La Ley estaba muerta. Los únicos que dieron la nómina de los Religiosos fueron los Capuchinos y las Salesas. Estas dejaron entrar la Comisión con permiso del Obispo. Las Hermanas del Buen Pastor no admitieron a la Comisión y su domicilio fué allanado; y así se publicó la nómina de las Religiosas, que fueron dispersadas. Pero esto fué el mayor fracaso de la Ley de Conventos: porque las Hermanas del Buen Pastor, con el beneplácito de todos, han vuelto a su casa y ocupan exactamente la misma posición que tenían antes del allanamiento.

Esta fué la mayor victoria del P. Morel, en su vida, y agigantó su talla.

Pero el P. Morel, a pesar de su grandeza de alma y sus grandes dotes de gobierno, no hubiese podido dar un paso, ni poner un solo ladrillo en toda esta inmensa fábrica, si no hubiera sido por la generosidad de nuestros bienhechores, entre los cuales debemos enumerar a Don Jacinto Vera, a las familias Jackson, Cibils, Heber, Buxareo, Isasa, Yéregui, Piñeyro del Campo, y entre las personas que más se distinguieron a doña Dolores Martínez, doña Plácida Costa de Burzaco, doña Rosalía García Zúñiga y los Presbíteros don José y don Pedro Letamendi, sin contar otras muchas personas, en especial de las familias antes nombradas, que tomaron con todo empeño la fábrica de este edificio, llegando las hermanas Jackson a levantar por sí solas toda la iglesia, desde los cimientos hasta el farol de la cúpula con su cruz enhiesta.

P. Antillach —

Entre los Profesores y Prefectos merece especial mención el P. José Antillach, primer profesor y primer Prefecto del Seminario. Nació en España el 2 de julio de 1840 y murió en Mendoza el 6 de agosto de 1903. Hombre alto y bien hecho, de robustas proporciones; cabello blanco como la nieve, la cara y las manos blanquísimas, las cejas pobladas y negras, era una interesante figura por su constitución física y humana; pero mucho más por su formación artística, literaria, intelectual y moral. Eximio helenista y latinista, dominaba con gran soltura las lenguas de Homero y del Lacio. Era un buen músico y un excelente poeta, cuyos diálogos en verso se hicieron célebres en nuestras públicas concertaciones, siempre inspirados y oportunos. Elegante y firme orador, tenía todas las dotes que hacen a un hombre eximio en la sociedad y en la cátedra; ni siquiera le faltaba esa bondadosa firmeza que suele ser el secreto del éxito del profesor en su clase. Sólo una cualidad le faltaba al P. Antillach, pero esa misma falla fué un nuevo motivo de éxito en su vida, por más que le hiciera pasar algunos malos ratos. El Padre Antillach todo lo podía hacer menos improvisar, y menos como orador. El contraste entre el hombre preparado e improvisando era verdaderamente notable; pero el P. Antillach, que se conocía a sí mismo, casi nunca improvisó, y de ahí que su actuación fuese de las más brillantes de los hombres de su generación, y tuvo momentos de éxitos claros y rotundos. Fué director de la Academia Literaria, prefecto de música y enseñó humanidades, latín, griego, geografía, aritmética, historia universal y americana.

P. Blasco —

Otro profesor de alcurnia, aunque no con tan relevantes cualidades ni físicas ni morales, fué el P. Francisco Javier Blasco, mejor recordado y muy querido entre nosotros. Sin duda alguna tenía una erudición literaria mucho más vasta que el P. Antillach, pero eso mismo perjudicó a su estilo, que se hizo amanerado y postizo; y más parecía un empedrado de frases ajenas, rebuscadas acá y allá, en el mar de sus lecturas, como agujas en un pajar, todas muy bonitas, pero sin unidad medular y que brillaban como lamas de oro en la superficie, mientras decoloraban y, a mi juicio, destruían el estilo. Eso no obstante, el P. Blasco fué uno de los profesores más distinguidos y más apreciados en nuestro medio universitario por sus dotes y su gran formación literaria. Fué gloria de este Colegio-Seminario el haberlo tenido de ministro, prefecto y profesor. Murió en Santiago de Chile, dando una tanda de Ejercicios, y dió gracias a Dios de morir al pie del cañón.

P. Requena —

Entre los profesores de teología y sagrada escritura del Seminario merece especial mención el P. Julián Requena, orador nada vulgar, dotado de un gran don de gentes; y, por eso, uno de los sacerdotes más apreciados de la alta sociedad uruguaya. Cuando lo nombraron prefecto del Colegio se sintió una general impresión de íntima satisfacción y alegría. Gracias a su gran don de gentes, fundó y llevó a gran florecimiento una institución que tuvo sus días de gloria y ha muerto: la Academia Literaria para Caballeros. Aun recuerdo con emoción algunos de sus brillantes actos en el Salón del Colegio-Seminario.

Nació en Valencia el 9 de enero de 1845. Murió en Buenos Aires el 4 de Abril de 1897.

P. Gorrichátegui — ..

Un hombre benemérito del Colegio-Seminario fué el P. Simón Gorrichátegui. Nació en Berriz, Vizcaya, el 28 de octubre de 1867, y murió en Montevideo el 7 de diciembre de 1925. Vino al Uruguay muy niño y se crió en Mercedes. Entró en el Colegio-Seminario, y luego en la Compañía de Jesús. Ya Sacerdote, volvió al Colegio-Seminario y fué ministro, prefecto de convictorio, de música y de la Iglesia, consultor de la casa, secretario del Colegio, y enseñó castellano, latín, religión, moral, álgebra, geografía física, historia y física.

Ejerció todos los cargos menos el de Rector. Profesor de castellano durante 23 años, fué un gran especialista en esa materia. Era un buen cantor y un buen músico. Llegó a ser simultáneamente ministro, prefecto de división y profesor en varias materias, sin que nunca jamás le arredrase el trabajo, ni diese la menor muestra de fatiga o de impaciencia. La justicia paternal era su invariable norma. No dejaba culpa sin sanción; pero jamás se excedía en el castigo, ni lo afeaba con enfados y malos modos. No tenía cualidades muy brillantes, pero las cualidades medias que hacen a un hombre correcto y universal, afianzadas en una abnegación sin límites, las tenía en grado eximio. Tuvo la dicha, como el P. Blasco, de morir al pie del cañón casi el mismo día en que sus alumnos daban el examen de geografía física, materia que enseñó muchos años.

P. Castro —

De la misma edad del P. Gorrichátegui, con muy pocos meses de diferencia, y que murió, como él, a los 58 años, en 1925, fué el P. Antonio Castro, de santa e imperecedera memoria. Ambos eran ex alumnos del Colegio-Seminario; y ambos lo sirvieron largos años con abnegación sin límites, muriendo ambos al pie de la cátedra, el P. Castro a mitad, y el P. Gorrichátegui a fin de curso.

El P. Castro fué, indiscutiblemente, el talento más poderoso de su generación en el Colegio-Seminario. Es la gloria más pura de los alumnos fundadores. Siendo seminarista, un año se enfermó gravemente del tifus; y a una larga enfermedad hubo de suceder una larga convalecencia, hasta muy cerca de fin de curso. No obstante, sin asombro de nadie y sin que nadie sospechase la menor injusticia, Castro, en la distribución final, se llevó todos los premios de su clase. Nació el P. Castro en Salto, el 30 de abril de 1867, y murió en Montevideo el 8 de julio de1925. Hombre humilde y modesto como pocos, no tuvo jamás empeño en hacer lucir sus grandes cualidades. La palabra fluía de sus labios con asombrosa facilidad. Nunca jamás tropezaba en el hilo de su discurso. Su inteligencia calaba las ideas con profundidad y limpieza, las ordenaba en orden lógico; y luego manaban de sus labios como una cascada de plata, siempre sonoras y claras, siempre tranquilas y decidoras, sin ningún ornato superfluo, y sin el menor desaliño, ni en el fondo ni en la forma. Fué ministro de la Casa, prefecto del Seminario, director de la Congregación Mayor y de un Círculo de Estudios muy concurrido y que le dió gran prestigio entre los universitarios que acudían a su cátedra como a un oráculo, distinguiéndose en la interpretación de la Sagrada Escritura, ampliación de matemáticas, física y química. Enseñó en el Colegio-Seminario esas mismas materias, en especial química, física, álgebra, geometría, cosmografía, apologética, filosofía, instrucción cívica e industrias. Durante largos años predicó la Seisena de S. Luis y dió los Ejercicios a los congregantes en Larrañaga.

Tenía muy buena pluma, como autor claro y didáctico, pero su fuerte fué la cátedra y el consejo individual y profundo, en que fué un consumado

maestro; y por eso se le tuvo por un gran maestro de juventud, y la juventud le correspondió, pues quiso llevar su cadáver, y lo llevó, a pulso al cementerio desde cuatro cuadras antes de llegar a la necrópolis, donde el clero cantó solemnemente el Responso, Juan Zorrilla de San Martín habló en nombre de la Congregación Mayor y otros seis oradores, especialmente jóvenes universitarios de todos los sectores de la opinión, hicieron uso de la palabra, con una sinceridad y una emoción pocas veces vista. Esa fué la mejor prueba de que el P. Castro, sin pretenderlo, llegó a ser un gran caudillo de la juventud estudiosa, que acudían a escuchar sus lecciones de todos los campos de la opinión, y su entierro fué la apoteosis de un jesuita por todos los sectores de la opinión, acontecimiento verdaderamente notable, que no creo se haya dado nunca en nuestra historia, ni es fácil que se repita en el correr de las generaciones. El P. Castro ejerció todos los cargos del Colegio-Seminario, menos el de Rector. Tuvo siempre a su cargo muchas materias, y éstas de las más difíciles, porque para su abnegación y clarividencia no había dificultades en el camino de la vida. A su muerte, como se ve, hubo un gran movimiento de opinión, cuyos ecos se han amortiguado ya, como los ecos de una descarga lejana. Espasa insertó en sus apéndices la biografía del P. Castro. El Dr. Dardo Regules escribió de él una bella y profunda semblanza, en que le pinta como el hombre de la paz interior. En realidad, Castro era un hombre robusto, algo huraño por temperamento, pero amable y dado por principio, y absolutamente sereno y tranquilo como la estratoesfera, adonde no llegan las tempestades. Fué una gloria de la Iglesia, de la Patria y de la Compañía de Jesús.

P. Costa —

Entre los operarios y misioneros que han ejercido los sagrados ministerios en este Colegio-Seminario, ocupa un lugar preeminente el P. Francisco Costa. Su fundación, el Centro Apostólico de San Francisco Javier, es una de las obras más fecundas de la acción católica uruguaya. Su acción alcanza precisamente a las regiones menos favorecidas por el cultivo espiritual: los puntos de campaña y de los suburbios de la capital adonde nunca o casi nunca llega la acción del sacerdote. Pueblos y rancherías que no hubieran visto nunca un sacerdote, son hoy día, gracias al Centro Apostólico, núcleos bien cultivados en que florece la vida cristiana y se cumple con la ley de Dios y de la Iglesia; y hasta se cultivan la piedad, la vida eucarística y la devoción al Corazón Divino y a la Santísima Virgen. Es una de las obras católicas más universales que irradian de este Colegio-Seminario. Las socias y socios del Centro Apostólico de San Javier merecen nuestras más calurosas felicitaciones por su obra de fecundo y eficaz apostolado.

El P. Costa nació en Rupiá, Gerona, el 28 de octubre de 1855, y murió en Mendoza el 29 de junio de 1923. Vino a Montevideo en 1896. Fundó el Centro Apostólico el 17 de agosto de ese año, y es uno de los varones apostólicos a quienes más deben la Patria y la Iglesia entre nosotros.

HERMANOS COADJUTORES

Un elemento indispensable en todos nuestros Colegios, en todas nuestras empresas, son los Hermanos Coadjutores. Por su número se elevan aproximadamente a la tercera parte de la Orden; y en esa proporción han actuado en este Colegio-Seminario. Los Hermanos dirigen lo que llamamos las oficinas: portería, ropería, cocina, enfermería, despensa, comedores, sirvientes y mil otras menudencias indispensables en el buen régimen de una familia, de un hogar, de una casa. Un Hermano Coadjutor santo y bueno es siempre un grande hombre, muy superior a su humilde ministerio. Por esta casa han desfilado algunos Hermanos Coadjutores muy notables en su línea.

H. Rota —

El Hermano Ignacio Rota era un excelente carpintero, un buen mecánico, un capataz insuperable y un buen maestro de obras, que dirigió, con D. Juan Lladó, toda esta inmensa fábrica: no menos que un hombre providencial en los momentos difíciles porque atravesó el Colegio-Seminario en 1885. Era un hombre listísimo en la más genuina expresión del vocablo. Generalmente, cuando los demás iban, él ya estaba de vuelta, como suele decirse.

H. Dayer —

El polo opuesto del Hermano Rota, era el H. Bernabé Dayer. Tranquilo, dulce, bondadoso. Sólo pensaba en su cocina y en tenernos a todos contentos. De vez en cuando nos daba algún asado con cuero al horno, tierno y jugoso. Nunca pensaba mal de nadie, y era de todos amigo, muy piadoso y muy santo.

H. Calatayud —

El H. Justo Calatayud, nuestro excelente portero, especie de Alonso Rodríguez de esta casa, murió en olor de santidad, y su memoria perdura en los anales de la Orden y quizá también en la memoria de muchos que le conocieron y experimentaron su caridad sin límites, llena de abnegación y paciencia, por amor de Dios y del prójimo.

H. Benlloch—

El H. Vicente Benlloch, nuestro gran despensero, tán conocido por los muchachos, y más por sus grandes amigos, para quienes solia tener sus inagotables reservas. Era tan consecuente con sus amigos, que, aun a la hora de la muerte, me pidió un favor para uno de ellos, invocando su calidad moribundo, para moverme a que se lo concediera. El H. Benlloch era uno de los hombres más abnegados y sufridos que yo he conocido en mi vida: despreciador de sus propias comodidades y activísimo en buscar las comodidades ajenas. Por eso quizá el Señor le concedió una muerte pacífica, sin dolores, con plena lucidez hasta el último momento, y sin los estertores de la agonía. Cuando llegó su último momento, dijo al H. Enfermero: "Téngame la cabeza que me voy". Se la tuvo y se fué.

Digamos una palabra siquiera de los profesores seglares, entre los cuales han figurado hombres muy eminentes por su virtud y por su ciencia.

Pbro. Flaquer —

El Pbro. D. Alberto Flaquer, noble y santo sacerdote, confesor de la fe, que hubo de huir de Francia, su patria, perseguido de la Masonería, apareció entre nosotros con sotana y faja francesa; y vivió retirado algunos meses en este Colegio-Seminario, como si fuera un Padre Jesuíta. Nosotros creíamos que se llamaba el P. Hospes, porque con ese nombre lo designaban en el cuadro de las misas. Pasados unos tres meses desapareció el P. Hospes; y antes de que nos percatásemos vino el P. Requena al recreo de los Seminaristas y nos preguntó maliciosamente:

Y ¿el Padre Hospes?

—¡Ah!, cierto, hoy no le hemos visto decir Misa. ¿Qué? ¿Se ha ido?

—Es que no es jesuíta ni se llama Hospes. Desde anoche es Teniente de la Aguada.

—¡Ah!... ¡Pero mire...!

Y nos contó en pocas palabras algo de su odisea. El P. Flaquer era un gran sacerdote. Fué en este Colegio-Seminario profesor de francés y canto llano. Fué un gran bienhechor de los seminaristas. A él le debieron su ca-

rrera, entre otros, los Pbros. Julio Lasplaces y José Romero, que han pasado a mejor vida; y aun viven no pocos seglares, de entre los cantores de la Aguada y de los alumnos de la Sagrada Familia, a quienes ayudó eficazmente el P. Flaquer en la prosecución de sus estudios. Todo su dinero lo gastaba en seminaristas y estudiantes pobres. Vez hubo que llegó a socorrer hasta once seminaristas a un mismo tiempo, que, para un bolsillo pobre como el suyo, no deja de sêr una fuerte erogación; más de un potentado se consideraría imposibilitado, y eso sin contar otros estudiantes pobres de sus queridos cantores aguatenses.

El Presbítero Flaquer era todo de la Iglesia y de los pobres: no creo que ahorrase ni un centésimo de cuanto ganaba con su asiduo trabajo en la Parroquia y en la cátedra. Es uno de los grandes modelos de desprendimiento que ha tenido el clero uruguayo. No supo la Masonería Francesa el gran bien que nos hizo con el presente del P. Flaquer, cuyo nombre no se puede pronunciar en toda la Parroquia de la Aguada sin que al punto se oiga esta exclamación:

—Era un gran sacerdote.

Sr. Pons —

D. Lorenzo Pons, profesor de lenguas, algo bajo, retaco, lleno de salud y de vida, era todo un "dandy", siempre correctamente vestido, de galera de felpa, botines de charol y levita cerrada. Al llegar a clase, dejaba su galera boca arriba en la esquina de la cátedra. No siempre usaba guantes, pero cuando los llevaba hacía con ellos un bollo y los echaba dentro de la galera. En seguida sacaba su pañuelo de seda, olía el agua colonia, frotando levemente la cara y lo echaba también dentro de la galera. Ponía la rodilla derecha sobre la silla, se santiguaba piadosamente, rezaba el Padre Nuestro, y empezaba su clase con febril actividad: cuatro muchachos escribiendo verbos en una pizarra; y uno, en otra, desarrollando un tema en inglés o francés, según fuera la clase, y él preguntando la lección activamente sin perder ripio de tiempo. Al tocar la campana, al fin de clase, recogía su pañuelo de seda, y si los traía, sus guantes; enhiesta su galera en su mano izquierda, como una torre de Pisa, olvidando siempre sobre la cátedra el papelito, en que tenía apuntados, o no apuntados, los que indefectiblemente aquel día, habían de ir al P. Prefecto por su mal comportamiento en clase, papelito por supuesto de que no hacía mención, en saliendo de clase, ni ante el Prefecto ni ante nadie. Era como soldado pintado en batalla: siempre amagaba y nunca daba. Todos lo queríamos: y no recuerdo que nadie le faltase gravemente al respeto.

Don Lorenzo Pons, alias, Míster "Ticner", o Míster Pons, como le llamábamos nosotros, era un hombre por demás sencillo, a pesar de su correcto indumento y su vestido de etiqueta.

Dr. Gil —

El Dr Enrique Gil, profesor de ciencias naturales, era sin género de dudas, uno de los profesores más eminentes de su generación en la República. Temperamento enfermizo, agobiado por continuos dolores y enfermedades, tenía una nube en un ojo, que daba cierto aspecto extraño a su mirada. Pero, apenas decía las primeras palabras, ya cautivaba y subyugaba a todos cuantos le trataban. Por lo que a mí toca, no dudo en afirmar, que el Dr. Enrique Gil es el profesor más eminente que yo he conocido, dentro y fuera de la Compañía No he visto ningún profesor, en quien concurrieran, a la vez, tantas cualidades sobresalientes. Justicia, moralidad, bondad sin límites, dominio absoluto de las materias y de la clase. Nadie temía al Dr. Gil pero nadie se hubiera atrevido a causarle el menor disgusto. Por eso en su clase había siempre aplicación, naturalidad y orden absolutos, cosas no fáciles de conseguir simultáneamente, sin que se estorben unas a otras. Yo guardo del Dr. Gil

los más gratos recuerdos, como profesor bueno y de fibra, en medio de su mansedumbre. En sexto año éramos sólo cuatro alumnos de historia natural con dos horas de clase diarias. No perdimos ni un minuto de tiempo. Trabajamos contentos y clasificamos y catalogamos, gracias a la inmensa pericia del Dr. Gil, 600 minerales y 400 rocas, dejando científicamente ordenado el museo de historia natural, que después otros han enriquecido y llevado a mucha mayor perfección. Ha sido inmensa la gloria de este Colegio-Seminario el haber tenido largos años de profesor, y como uno de los profesores más asiduos y familiares, al Dr. Enrique Gil. Tenía el doctor Gil gran cariño al Colegio; y en todo el colegio había hacia él un suave ambiente de amor y de respeto. Era un profesor modelo: respetado y querido, que respetaba y quería a sus alumnos. Nunca jamás dejó mal a un niño en clase. Muy rara vez felicitaba ni decía la menor alabanza por bien que se le diera la lección; pero, en cambio, por mal que ésta se supiera, difícilmente se daba nadie cuenta de que un niño no sabía la lección: porque el doctor Gil, con sus infinitos recursos, dialogaba de tal suerte, que todos aprovechábamos el tiempo, y la lección siempre salía bien dicha, la supiera o no el interrogado. De ningún profesor he aprendido yo tantas lecciones prácticas de sana pedagogía como del doctor Enrique Gil: y siento inmenso placer en poderle hacer justicia, en una ocasión como ésta: pues, aunque es cierto que murió trágicamente, a mí no me dió sino buenos ejemplos: y es opinión común y bien fundada, que, a pesar de su delirio, murió como un santo, porque santa era su vida, y más en sus últimos años. Dios lo tenga en su gloria.

Sr. Rey —

Entre los profesores de música, sólo citaré a don Severino Rey, y a don Carmelo Calvo. El señor Rey, padre de nuestro dignísimo Cura Párroco, el Canónigo D. Augusto Rey, era un hombre sencillo y simpático, excelente padre de familia que ejercía su profesorado con gran entereza y energía.

Sr. Calvo —

D. Carmelo Calvo, uno de los grandes músicos, quizá el mas eminente de su tiempo entre nosotros, por todos reconocido como un gran director de orquesta, fué uno de los más grandes amigos y bienhechores de esta casa, por cuyo bien se sacrificó en todo momento, sin escatimar fatigas ni trabajos. Era, como Rey, un excelente cristiano y un fervoroso católico: y ambos se querían como dos hermanos, tanto que Calvo acabó sus días en casa de los hijos de Rey, en santa y venerable ancianidad.

Esto decía yo, con muy pocas variantes, en el discurso inaugural, que tuve el honor de pronunciar a principio de curso en 1930. Por mucho que fuera mi deseo de recordar otros varones esclarecidos que han honrado las cátedras y los Ministerios Sagrados en el Colegio-Seminario, no me fué posible, o por la falta de tiempo, o porque algunos aún vivían y era propósito mío, no detenerme en elogiar, hombres que aún no habían pasado a mejor vida. Quiero suplir, en parte, esa deficiencia, siquiera sea en aquellos más reclamados por la opinión, y en algunos que han fallecido durante el último quinquenio.

P. Angla —

Sea el primero el P. Ramón Angla, que falleció en olor de santidad, en Valparaíso el 7 de julio de 1933.

Nació en Viladecaballs, Barcelona, el 13 de noviembre de 1850. Vino al Colegio-Seminario en 1887. Fué Profesor de Infima y Media, enseñó francés, geografía, geografía física, aritmética, álgebra, castellano, historia antigua y media. Era uno de esos hombres impertérritos y laboriosos, que llevan con brío el pondus diei et estus. No era que tuviese gran facilidad. Es que tenía

una gran laboriosidad y una santidad eximia, que todo lo suplía. Era alto, delgado, de nariz aguileña, ojos grandes y garzos, ágil como un resorte, todo su cuerpo levemente cimbrado a modo de arco de flecha; y estaba siempre dispuesto, a cualquier hora del día o de la noche, a prestar un servicio, hacer un favor al prójimo. Para él no había amigos ni enemigos. Todos eran hombres o mujeres, redimidos por la sangre de Jesucristo y dignos, o capaces, del reino de los cielos. Su caridad fraterna no tenía límites, ni en extensión ni en intensidad. A todo se prestaba, sin mirar el sacrificio, con notable espontaneidad.

Un hombre, de no mucha facilidad, que enseñaba a la vez tantas materias como él enseñaba, y más siendo de genio fuerte y pronto, como él sin duda, lo era, fácilmente podría perder la paciencia: y nada tendría eso de extraño: pero el P. Angla andaba tan sobre sí, que muchas veces se veía que una cosa le había impresionado mal, y que estaba a punto de estallar la tormenta: pero reprimía el gesto al vuelo, se le inmutaba el rostro, mas no daba la menor muestra de impaciencia y seguía la clase, como si nada hubiese pasado.

Fué varias veces Superior de Vacaciones en Santa Lucía, a donde iban algunos Padres y Hermanos y los Seminaristas a descansar en verano de las tareas del curso. Allí es donde su caridad fraterna se ingeniaba, para complacer a todos y hacer el descanso de esos días, lo más ameno posible, en medio de la pobreza que por doquiera resplandecía. En cierta ocasión, al comienzo de las vacaciones, faltó una cama. El P. Superior indicó una. Averiguado el caso, resultó que era la suya propia. Inmediatamente compraron un catre que era la cama que allí se usaba: y se la arreglaron, sin que él se diera cuenta, colocando en la cabecera una corona de rozas. El P. Angla nada dijo, ni se dió por entendido.

Una vez, a fin de curso, le dijo un alumno, a quema ropa: — Padre, rece por nosotros un amén y saldremos bien en los exámenes.

Esto no lo decía de broma; lo decía por la íntima convicción que tenía de la eficacia de la oración de un santo ante Dios Nuestro Señor. Es lo cierto que sus explicaciones no eran muy brillantes: pero, eso sí muy, preparadas y prolijas. El no tenía nunca gran opinión de su clase, aunque tampoco era un derrotista, sino un criterio muy recto y muy sano, y hasta jovial y alegre reflejo de la gran caridad fraterna que siempre es bondadosa, en sus obras, en sus palabras y pensamientos. Ni tampoco los alumnos se formaban un extraordinario concepto de su propia formación: mas llegados los exámenes, su clase era siempre de las triunfadoras y de las que mejor salían de las pruebas de fin de curso. Es que allí iban aunadas la humana cooperación y la gracia de Dios, que siempre bendecía a manos llenas las obras de su siervo fiel y prudente, constituído por el mismo Dios, sobre su familia infantil, para guiarla por este mundo y encaminarla hacia su último fin, con suavidad y eficacia.

Y esos resultados los obtuvo, no solamente en Montevideo, sino también en otras partes, especialmente en el Colegio de San Ignacio, en Santiago de Chile, donde enseñó, siendo escolar, antes de venir a Montevideo: y dondo había dejado fama de ser uno de los mejores Profesores y más santos de aquel Colegio. Tanto, que estando, un año, una división algo indisciplinada, con solo presentarse el Padre Angla, todos se convinieron en portarse con toda corrección, por no dar un disgusto al santo.

Entre los Ministerios ejercidos por el P. Angla en el Colegio-Seminario el más fructuoso, sin duda, fué el de la Dirección de las Congregaciones Marianas de los Alumnos seglares y Seminaristas, de la Inmaculada y San Luis. Cuando él las tomó estaban juntas: y luego se separaron en 1893, formando dos Congregaciones.

En 1891, siendo Director el P. Angla de la Congregación de Seminaristas y Seglares, tomó a su cargo la celebración del tercer centenario de la muerte de San Luis Gonzaga, y obtuvo en esa gestión un completo éxito, pudiendo decirse, que, con esas solemnidades se inauguró gloriosamente la Iglesia del Sagrado Corazón. La Novena de San Luis estuvo solemnísima. Predicaron en

ella, los primeros días Monseñor Mariano Soler, el Dr. Lorenzo Pons, el Pbro. Pedro Oyasbehere: y los últimos cuatro días el celebérrimo P. Camilo M. Jordán, que tuvo también a su cargo, el panegírico del Santo. Recuerdo que momentos antes de subir al púlpito, el P. Jordán no se sentía bien, y no se animaba a salir de la Sacristía: y el P. Angla, le habló con tal insinuación y bondad tanta, que el P. Jordán se sometió: y, subiendo al púlpito, echó un gran panegírico, una de sus grandes piezas oratorias.

Adornó e iluminó el P. Angla profusamente la Iglesia, que bien lo necesitaba en tan gran solemnidad: pues no tenía altares, y sus desnudas paredes no ostentaban otro ornato que el cuadro de la Vidente de Paray, entonces Beata y hoy, Santa Margarita María de Alacoque, obra eximia de Passani, de cinco metros de alto por tres de ancho: y aunque bastaba él solo para honrar la Iglesia en su inauguración, resultaba chico en un templo de tan grandes dimensiones: pues mide 60 metros de longitud, 27 de ancho y 22 de alto hasta la bóveda y 54 hasta la Cúpula: y, además, la luz no le daba bien en el altar mayor, y se borraba con los reflejos, de modo que parecía una mancha negra desde las naves de la Iglesia. Toda la Iglesia quedó cubierta de colgaduras azules y rojas, y entre el altar mayor, las arañas y las cornizas interiores del templo, ardían el día del centenario unas 3.000 velas. Se soldaron al estaño, arandelas en todo el largo de la baranda de la corniza, que siguieron allí hasta hace pocos años, y que se han quitado, porque estorbaban y afeaban la baranda, y no se volvieron a utilizar más, que yo sepa, desde entonces hasta que fueron quitadas, al revocar y dar a la Iglesia un sobrio ornato por dentro, haciendo resaltar sus líneas, con algunos toques dorados y un suave contraste de sus bajos relieves, de un pajizo más o menos obscuro y pátina en los chapiteles, obra exquisita y de buen gusto del Arquitecto Elzeario Boix: y que, en general, agradó a los arquitectos: porque, decían, que esta Iglesia no necesita sino que le hagan resaltar sus líneas, que son perfectas y dignas de Tossi, el malogrado arquitecto, cuyas obras en Montevideo, son de todos estimadas.

En el ornato del templo para las fiestas centenarias, cooperaron entusiastas los Sacristanes de la Catedral y de algunas otras Iglesias, como así mismo los Seminaristas y otras personas amigas. Passani, que estaba entonces en Montevideo, preparó un trasparente de San Luis Gonzaga, para colocarlo en el arco de medio punto, hoy cegado, que estaba encima del altar mayor, y formaba juego con el que se ve en el coro. Passani no entregó su trasparente hasta el día 20 de junio, víspera de San Luis, cuando estaba ultimado todo el ornato de la Iglesia.

El ventanal es enorme. Está a unos 20 metros del nivel del suelo. Era tal la profusión de luces y ornatos postizos del altar mayor que era imposible pensar en removerlos, para levantar el pesado marco de Passani. Lo más lógico y natural parecía desistir de la empresa. A eso no se resignaba fácilmente Passani: y al P. Angla no le sufría el corazón y a su ilimitada caridad, frustrar las esperanzas del artista, que había trabajado a marchas forzadas, para exhibir en su centenario la gloria de su compatriota, San Luis Gonzaga. Todos nos contagiamos con la caridad de nuestro Director: y pusimos manos a la obra.

No sabría dar o recordar detalles: pero sí puedo afirmar que trabajamos toda la noche desde las 22 hasta las 4 de la madruagda. Se gastó mucho tiempo en los preparativos. Concluídos éstos, con relativa rapidez, lo subimos por el lado del Evangelio: y desde allí, lo deslizamos dando la vuelta por la esquina, hasta la pared del fondo de la Iglesia y lo colocamos en su sitio. Estaba bien calculado Cupo exactamente en el ojo de medio punto. Al abrirse la Iglesia a las 5 de la mañana, apareció la gloria de San Luis en el trasparente de Passani. No he visto más ese cuadro. No sé qué habrá sido de él

Desde muy temprano del 21 de junio de 1891, empezaron las confesiones: y se notaba un gran movimiento de Fieles. Se veía claro que iba a ser un gran día. La Misa de Comunión General fué concurridísima. Cosa, para nosotros nunca vista, tres Padres a la vez, daban la Comunión en el altar

mayor. Por la tarde se llenaron los patios y la Iglesia de gente que había de ir a la Procesión. Fué ésta, sin duda, la procesión más concurrida y numerosa del Uruguay en el siglo XIX. Nadie recordaba cosa semejante. De cuatro o seis en fondo, dió la vuelta por Soriano, Ejido, 18 de Julio, Vázquez y Soriano con un lleno completo.

Cansado Monseñor Soler de esperar en el altar mayor, pensó que la gente no se movía. Hizo una indicación al P. Jordán: y éste salió nervioso a la puerta de la Iglesia. Al verlo venir el Comisario, le dijo, no se apure, Padre, la gente sale bien. Han salido ya 6.000 mujeres: y todavía faltan muchas y todos los hombres. Cuando las andas salían de la Iglesia, la Cruz llegaba por el lado opuesto.

P. Falgueras —

Otro hombre verdaderamente santo, varón de muy austeras costumbres, y que aún recuerdan muchos con veneración y profundo aprecio, fué el P. Antonio Falgueras. Nació en Hostalrich, Gerona, el 2 de febrero de 1864 y murió en Santiago de Chile el 29 de agosto de 1924. Enseñó filosofía, fué misionero y director del Apostolado de la Oración, que lo recuerda con gran veneración: y donde quiera que vivió el P. Falgueras dejó en el ambiente, esa impresión de santidad. Gran director de almas, sus penitentes le han correspondido con un aprecio y admiración nada vulgares, lo cual es signo de que no era un hombre común, y de que algo debía de percibirse en aquella persona escueta, pálida y de un aspecto ascético y eremítico que llamaba la atención desde los primeros momentos, aunque nada hubiera en él de afectado o postizo ni en el porte, ni en el trato. Era la santidad que se le traslucía a través de la sotana y le manaba de todos los poros, de una manera atrayente, por más que él no fuera de suyo, amable, sino más bien austero suavemente serio en su trato.

Un hermano suyo, también Jesuita y Sacerdote, el P. Francisco Falgueras, carácter abierto y alegre, el polo opuesto del P. Antonio, decía con mucha gracia: "Mi hermano es santo y lo parece. Yo no lo parezco, pero también lo soy"

P. Kéller —

Acaba de morir santamente el P. Luis Kéller, a los 84 años de edad y 66 de vida religiosa. Nació en Herdecke, Westfalia, Alemania, el 4 de junio de 1850 y pasó a mejor vida, en Montevideo, el 14 de junio de 1934. Modesto y sencillo, retirado del trato mundano, era un verdadero estudioso y hombre muy piadoso y de mucha oración. Cantaba el Divino Oficio en su pieza y encomendaba a Dios constantemente a las almas del Purgatorio. Su entretenimiento constante eran la oración y los libros. Fué director de los casos de conciencia y enseñó cánones y teología pastoral y moral durante un cuarto de siglo en el Colegio-Seminario y ya cuando vino, había tenido largos años de enseñanza y ministerios en su patria, en Inglaterra y en el Brasil. Era un eximio humanista. Dominaba el latín y el griego, el inglés, el portugues. Su madre se casó de segundas nupsias con el padre de otro gran moralista, el P. Agustín Lehmkulh, S. J.: y de ahí sus vinculaciones con ese grande hombre, al cual guardó siempre gran cariño, como á su propio hermano, y de las cuales se ha hecho eco la prensa en su necrología. Era el P. Kéller muy estimado en el Clero. Sus discípulos le conservaron siempre gran estima y cariño, por su virtud, su bondad y su ciencia sana y sólida, pero sin ninguna ostentación, a pesar de la elegancia de su exposición por el perfecto dominio que tenía de la lengua del Lacio y de la materia que trataba. Murió como un predestinado en santa ancianidad, después de una larguísima enfermedad que llevó con eximia paciencia y gran resignación en la voluntad de Dios, llegando a provocar la admiración del médico que lo asistía, por la tranquila serenidad con que esperaba que le llegara su hora. Al fin murió en una de esas

arritmias y parálisis del pulso que le aquejaban, sin tener apenas tiempo sino para recibir la absolución y la extremaunción.

P. Planas —

Un carácter por demás sencillo y por demás comunicativo y muy querido y apreciado por todos cuantos le trataron, fué el P. Menas Planas. Nació en España, el 20 de febrero de 1849 y murió en Montevideo el 3 de noviembre de 1905. Llegó al Colegio-Seminario en 1884, y en los 19 años que permaneció entre nosotros fué bibliotecario, director de las Conferencias de San Vicente de Paul. Enseñó filosofía, derecho canónico y teología escolástica y pastoral. Tenía un confesionario muy selecto y numeroso. Sus consejos eran muy buscados y sus soluciones muy estimadas. Es que era un profundo filósofo y un nada vulgar canonista. Su exterior campechano y algo rústico y hasta algo desgalichado, servía de cubierta a un corazón de oro y a un espíritu cultísimo.

Para darse cabal cuenta de su carácter y de cómo las gastaba él con la alta sociedad montevideana, baste el siguiente rasgo. Iba por una de las calles céntricas de Montevideo con un Hermano Coadjutor, cuando vieron venir por la vereda de enfrente, y elegantemente vestido, un caballero, de galera de felpa, levita cerrada, guante blanco, blandiendo su bastoncito con empuñadura de plata. Verlo el P. Planas, atravesar corriendo la calle, ponérsele delante y atajarlo plantificándole la mano en el pecho, todo fué uno, exclamando exabrupto.

—¡Cachafás! ¡Cuánto tiempo que no te veo! ¿Qué es de tu vida? ¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?

El caballero sonriente y halagado, lejos de dar la menor muestra de disgusto, le golpea cariñosamente la espalda, contesta por orden a todas sus preguntas y quedan combinados en día y hora para la confesión, como la cosa más natural del mundo.

Uno de los pasajes más apostólicos y más simpáticos del P. Menas, fué la constancia y bondad con que sostuvo al Dr. Enrique Gil en sus tentaciones contra el suicidio. Cuando un hombre de la alcurnia del Dr. Gil, acudía al P. Menas, en sus tribulaciones, no puede ser sino porque hallaba en él una bondad inagotable, una caridad ilustrada y un noble corazón, que palpitaba al tenor del suyo, tan bueno y tan cristiano.

P. Garriga —

Sucedió en el Rectorado al P. Ramón Morel. Fué el segundo Rector del Colegio-Seminario, el cual tomó en pleno desarrollo y supo darle nuevo empuje. Aunque sucedió a un coloso, no desmereció de su grandeza, al menos, en muchos puntos, por más que no le igualara por sus prendas de carácter. El P. Morel fué todo un carácter, y en eso no tuvo rival. Pero el P. Antonio Garriga era un hombre mucho más culto y fino en el trato Ambos rivalizaban en serenidad y grandeza de alma, en la visión penetrante de los hombres y de las cosas: pero se diferenciaban también mucho por su formación y su carácter. El P. Morel entró hombre hecho en la Religión y tenía una gran experiencia del mundo. Había sido político y liberal en su juventud, comerciante de fibra, hecho a la lucha y a los azares de la vida. Sintió su vocación de repente, mientras esperaba al P. Rector del Colegio de San Ignacio en la portería para unos asuntos de libros, pues era librero de profesión. Fue condiscípulo de Barros Aranha: y le oí contar que, de 97 condiscípulos que eran en preparatoria, sólo él y Barros Aranha, concluyeron el Bachillerato. y ninguno de los dos concluyó su carrera en el siglo. El P. Morel la concluyo en la Compañía de Jesús y ambos fueron grandes hombres y grandes rivales en el campo de las ideas. Barros Aranha largos años Rector de la Universidad de Santiago y el P. Morel, Rector también largos años en Santiago y en Montevideo: allí se las hubo con Barros Aranha y aquí con la ley de Santos, saliendo en ambos casos vencedor por la entereza de su carácter y su expe-

riencia de los hombres y del mundo

El P. Garriga no tuvo esa experiencia. Entró joven en Religión. Pero fue un espíritu cultísimo con toda la experiencia y la prudencia de un hombre de gobierno de excepcionales dotes, el hombre providencial que había de completar y perfeccionar la obra del P. Morel, en el Colegio-Seminario.

En efecto: el P. Morel construyó la Iglesia y el P. Garriga la dotó de altares. El P. Morel organizó los estudios desde ínfima hasta la teología, sin excluir las clases de adorno, como solfeo y dibujo; pero el P. Garriga, que era buen músico, dió un gran empuje al solfeo y al canto. Enseñó a los Seminaristas el canto gregoriano. El mismo les hacía clase de solfeo y de canto. Introdujo el canto del Oficio Parvo solemnemente cantado todos los sábados y él mismo venía por la mañana temprano a dirigir el canto de los Seminaristas, en la Capilla de los Colegiales. Era un excelente maestro de Rúbricas e introdujo la Misa cantada todos los domingos en la iglesia del Seminario, oficiando en el altar mayor los Seminaristas ordenados in sacris. Eso dió nuevo relieve a la predicación de la homilía los domingos por los Seminaristas que ya había introducido el P. Morel.

El P. Morel construyó el edificio, dejando casi terminadas la Iglesia y las alas de Canelones, Central y Soriano; el P. Garriga construyó el ala de Vázquez y surtió a la Iglesia de altares; y ya no quedó por construir sino el tercer piso de Soriano, ejecutado por el P. José Llussá.

P. Cendra —

Tal vez, y sin tal vez, creo que el hombre más querido, más conocido y más popular, al detalle, de cuantos Jesuítas han pasado por el Colegio-Seminario en estos 54 años de su existencia, ha sido el P. Pedro Centra. Es el Francisco Ramón Cabré de esta época. Nació en Anglés, Gerona, el 6 de enero de 1869 y murió en Montevideo el 6 de febrero de 1933. He dicho popularidad al detalle, porque no había quien no conociera personalmente al P. Cendra en un vastísimo círculo de relaciones; y no había a quien el P. Cendra no conociese con todos sus pelos y señales. Era un gran fisonomista y tenía una prodigiosa memoria para recordar los nombres, y unirlos a las personas. Esa sola cualidad ya basta para hacerlo a un hombre simpático y sentirse halagado al verse reconocido a través del tiempo y las distancias, así longitudinales como sociales. Pero el P. Cendra unía, a ese dón de gentes, que resulta del mero hecho de ser un gran fisonomista, una gran bondad de corazón. Era lo único que a él siempre le traicionaba: la bondad ingénita de su corazón generoso y nacido para hacer el bien a manos llenas, así material, como espiritual. Cuando cayó enfermo, en 1923, no había quien no preguntase por el P. Cendra: y los niños chicos, llamaban Cendra a cualquier Sacerdote que viesen. Mil veces me pararon por la calle, gentes de todo color y condición preguntando por el P. Cendra. El médico dijo que nunca había tenido un enfermo por quien tantos se interesasen.

No faltaban quienes creyeran que no tenía carácter. Pero yo creo que, en su línea, era un gran carácter. El P. Cendra, por carácter, por educación, y quizá también por sistema, se abstraía y prescindía del mundo que le rodeaba y atendía intensamente a la persona con la cual conversaba: y por mas importuna que ella pudiera parecer, jamás interrumpía su conversación, hasta que se hubiera agotado el tema y la persona se despidiera. El jamás lo daba por agotado, aunque esperase medio mundo para hablar con el P. Cendra. Cada una que lo tomaba, tenía de él el monopolio. En eso el P. Cendra era incorregible, si es lícito hablar así. Tengo de ello varios ejemplos, pero voy a citar uno que duró años, y tiene, por lo tanto, testigos que no me dejarán mentir. Mientras fué Capellán de los Obreros Católicos, de que diremos después algunas palabras, siempre que había sesión del Secretariado del Círculo, venían a buscarlo: y no eran pocas las veces, que habían de esperarlo largos y largos ratos, porque el P. Cendra no sabía desprenderse de la persona que tenía en visita.

Estando ya gravemente enfermo, le pasó eso mismo con el médico de cabecera. Le daba hora: y si a esa hora estaba con alguna visita, hacía esperar largamente al Galeno, hasta que un día éste se fué a la visita, y lo reprendió seriamente: y con razón, porque si el P. Cendra tenía que atender a esa persona, él tenía que atender a su clientela, y no podía en cada enfermo, perder largas horas de antesala.

Esto que, para otros, hubiera sido una causa de fracaso, porque lo hacía pasar por desordenado: y que dejaba lo substancial y general, por lo accidental y singular, fué en el P. Cendra, a mi juicio, el secreto del éxito. Porque persona atendida por él una vez, le quedaba adicta para toda la vida. Cada persona que le consultaba, se creía preferida por él: y seguía acudiendo al P. Cendra con la más absoluta confianza.

Un caballero amigo me decía, que entre los beneficios que había recibido de Dios en el camino de la vida, uno era muy especial, el haber tropezado con el P. Cendra.

Vino a Montevideo, siendo todavía escolar, en 1891; y estudió humanidades en Larrañaga. Siendo Sacerdote volvió de nuevo y estuvo entre nosotros largos años, hasta que Dios se lo llevó a mejor vida. Enseñó largos años geometría, trigonometría, cosmografía, comercio, religión, historia y geografía. Llegó a ser un excelente profesor de historia. Fué director del Catecismo de la Iglesia, y de las Congregaciones de San Juan Berchmans y de Santa Filomena: y, por fin, Capellán del Círculo Católico de Obreros.

Su obra maestra, y en la que se mostró un verdadero genio, fué el Catecismo. Contaba con un estado mayor de unas setenta señoritas y unos treinta jóvenes, que le hacían de catequistas en otras tantas secciones del Catecismo. Tenía todo el pago dividido en cantones, para la recluta de los niños y niñas y los conocía a todos personalmente; y sabía donde vivía cada uno y las faltas que tenían. Llevaba una contabilidad minuciosa de los premios que daba y de las cosas que tenía para poder atraer a la gente menuda. Empezaba el curso con una rifa general, como reclamo de la doctrina. Hacía el Catecismo por la mañana los domingos: y, concluído el Catecismo, oían Misa a las 11 1/4, y durante la Misa les predicaba con entusiasmo y con unción, hablando siempre a la mente y al corazón del mundo infantil, y aun del mundo adulto y provecto, que le oían con atención, y no sin gusto, puesto que asistían en gran número, estando siempre llena la Iglesia.

Pero, en lo que el P. Cendra se excedía a sí mismo, era en la preparación de la Primera Comunión, que tenía lugar todos los años, el día de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre. Hacía Catecismo diario durante los meses de octubre y noviembre, alternando día por medio niños y niñas. Organizaba sus huestes infantiles y los proveía a todos de trajes de primera Comunión, especialmente a los pobres, de modo que todos aparecían el día de la Inmaculada uniformados y rozagantes; ocupaban lugar preferente en la Iglesia, y el acto era presenciado por las familias que acompañaban a sus infantes, en el día más grande de su vida, cuando se acercaban, por primera vez, a Jesús Sacramentado.

A los que habían hecho la primera Comunión, les daba el desayuno en los patios del Colegio-Seminario: y por la tarde los reunía de nuevo en el templo, y con gran solemnidad, les hacía renovar las promesas del Bautismo. Sentaba a un Padre, si posible fuera, al Rector o al Provincial, en el Presbiterio, en un sillón de brazos, de roquete, estola y bonete: y hacía venir a la baranda del comulgatorio a los niños y niñas en grupos de veinte en veinte, o de treinta en treinta, bien alineados: e hincados en el comulgatorio, les hacía repetir las promesas del Bautismo, por grupos o por escuadras. El penúltimo año de su vida, cuando estaba ya muy grave, se hizo bajar de la Enfermería en una silla de brazos y presidió él mismo esta ceremonia, sentado en el Presbiterio, de roquete, estola y bonete: y estaba allí más orondo que un sultán, pasando revista a sus tropas. En los dos o tres años últimos de su vida siguió en espíritu, y en gran parte, en persona, la administración y

dirección, **del Catecismo desde la Enfermería.**

Todos los domingos, por la tarde, reunía toda su gente menuda, para darle una sesión de biógrafo en el salón de actos, interrumpida con cánticos y algunas consideraciones piadosas.

Esta obra catequística, que no era del P. Cendra en sus orígenes, sino obra del Colegio-Seminario, y de la Iglesia, que tuvo el gran acierto de ponerlo frente a ella: y supo secundar sus iniciativas, dando al Catecismo cierto aire característico, se conserva en todo su vigor, como obra de fondo y que no dependía de un solo hombre; y los nuevos Directores, le han conservado las características y los elementos conquistados por el genio del P. Cendra: y la han mejorado en el sentido de la disciplina y el orden: pues el P. Cendra, en esa parte, dejaba algo que desear. Su resorte era la bondad y la popularidad, pero no precisamente el orden, que es el ornato y da proporción a las cosas. Donde el P. Cendra hacía un supremo esfuerzo para conseguir el orden, era en los ensayos y en el acto de la Primera Comunion del día de la Inmaculada: y por eso le salía un acto insuperable e impecable en el fondo y en la forma.

El Catecismo era el principal ministerio del P. Cendra, pero no el único. Dió, en su vida, muchas tandas de Ejercicios a toda clase de personas: Comunidades Religiosas de ambos sexos, grupos de caballeros, jóvenes, señoras, señoritas, obreros y obreras. Predicaba continuamente la Divina Palabra; y, sobre todo, ejercía el apostolado individual, con cada persona que se le acercaba, de una manera insuperable, y quizá no igualada por ningún Sacerdote en Montevideo. Cada año bautizaba de cincuenta a cien adultos, que había catequizado él mismo, uno por uno, sin rendirse nunca jamás en el trato con las personas, aunque se le veía a veces llegar extenuado de cansancio a la noche, sobre todo en los últimos años, en que el cáncer interior iba minando su organismo: porque el P. Cendra no se entregó nunca. Trabajó con todo denuedo, mientras le quedó un aliento en el cuerpo agotado, extenuado y frío. Por eso creo yo, y lo repito, que, en su línea, fué un gran carácter. Hombre que no se rinde, podrá no ser prudente, pero es todo un carácter.

Además de bautizar de cincuenta a cien disidentes o infieles convertidos por él a la fe, catequizaba otros tantos católicos abandonados y fríos en las prácticas religiosas que acudían a él para instruirse y entrar de nuevo, o por primera vez, por el aro, como buenos católicos prácticos y concientes. Ese apostolado del P. Cendra ejercitado año tras año, sin decaer jamás, y cada vez con más sazonados frutos de la salvación de las almas, es para mí, una maravilla, que no debe callar la historia

En 1923, siendo yo Rector del Colegio-Seminario, y el Dr. Antonio J. Rius Presidente del Consejo del Círculo Católico de Obreros, vacó la Capellanía del Círculo. El Dr. Ríus quiso a todo trance que tomásemos nosotros, los Jesuitas, la Capellanía del Círculo. A mí me pareció la idea providencial y que redondeaba nuestros ministerios con los Obreros Católicos: pues les dabamos, desde hacía muchos años, los Ejercicios Cerrados en Larrañaga; teníamos, como fruto de esos Ejercicios, la obra de la Perseverancia, en nuestra Iglesia, con numerosas Comuniones de Obreros todos los últimos domingos de mes; el Catecismo de nuestra Iglesia era frecuentado en su casi totalidad por los hijos de los obreros: y planeábamos, ya casi por vías de hecho, la Escuela gratuita de San Ignacio, para los hijos de los obreros; y, de hecho, confesábamos a muchos de los Obreros y les administrábamos los últimos Sacramentos en el lecho de la muerte. Tomar, por consiguiente, la Capellanía del Círculo, era redondear nuestra obra.

Ese año, cabalmente, era el último del magisterio del P. Cendra en el Colegio-Seminario. Ya no le daban las fuerzas para sostener los grupos de clase: y lo destinaban los Superiores á los Ministerios con os prójimos, y fué el primer Capellán Jesuíta del Círculo Católico de Obreros. Aceptamos la Capellanía con la condición de que el Capellán no había de tomar parte, ni tener voto en las deliberaciones, ni en el Consejo, ni en las Asambleas: y que, como se suponía que era el Director Espiri-

tual y Confesoor de los Obreros, había de considerársele inhibido de informar en pro y en contra de nadie, ni para ser admitido o despedido, ni para ninguna sanción de los socios, así en favor como en contra.

Aceptadas esas condiciones por el Círculo, el P. Cendra ejerció su Capellanía con gran paz y sin que oyera nunca una queja de nadie. Ejerció, sobre todo, con los moribundos un gran apostolado. Solamente el primer mes, administró los últioms Sacramentos, a 122 socios y socias.

El P. Cendra no era un gran teólogo ni un gran canonista o moralista: pero fué prácticamente un gran psicólogo. Supo conocer las almas y pulsar los corazones y ponerse a tono, con todos cuantos le trataban: y de ahí que su consejo fuese siempre buscado y requerido: y de ahí la fuerza y eficacia de su apostolado, individual sobre todo. Pero las solas fuerzas humanas, ni la habilidad, ni el carácter podían llegar á donde él llegó. El Sacerdote predica. pero, como dice el Apóstol San Pablo, Dios dá el incremento, Dios toca los corazones, Dios infunde la gracia, Dios santifica las almas. El P. Cendra era un enamorado de la Santísima Virgen. Sentía hacia la Madre de Dios, una infantil devoción. Siempre que daba una tanda de Ejercicios. armaba a todos los Ejercitantes de un pequeño devocionario y de un Rosario; y no dejaba nunca de encomendarse y de encomendarlos a ellos, a la Santísima Virgen: y solía concluir sus preces con esta triple invocación: "Madre, aquí tienes a tu hijo. Madre, aquí tienes a tu hijo. Madre, aquí tienes a tu hijo".

Esta jaculatoria, repetida por él, conmovía. Era una oración sublime.

Nada tan edificante, nada tan conmovedor, como la paciencia y resignación con que el P. Cendra. llevó su última, larguísima y penosísima enfermedad. Siempre fué un enamorado de Jesús Crucificado: pero en los dos últimos años extremó ese amor, en la escuela y en el lecho del dolor. Pidió los Sacramentos muy a tiempo: y cuando se sintió morir escribió con mano firme su testamento, expresando su gozo de morir en la compañía de Jesús, con paz y serenidad.

P. Luis Feliú—

Es uno de los más nobles carateres que han desfilado por el Colegio Seminario. Figura caballeresca, de finísimos modales, sencillo y puro en el trato, cautivaba desde los primeros momentos. Nació en Barcelona, el 28 de marzo de 1868 y murió en Montevideo el 25 de junio de 1929. Tuvo siempre una salud muy endeble; pero, débil y todo, supo corresponder a la divina gracia, y trabajó como buen soldado de Cristo, todos los días de su vida. Entró en la Compañía de Jesús el 29 de setiembre de 1885, muy joven aun, pero que ya, cual otro Luis Coloma, había vivido mucho mundo y era un gran conocedor de los hombres y de las cosas. A causa de su quebrantada salud, tuvo que salir del noviciado; pero no volvió más a la casa paterna. Se retiró a la casa de unos tíos suyos, muy santos y personas muy bien, a quien él cariñosamente llamaba los Tiitos porque ambos eran enanos, varón y mujer, hermanos de su padre, ambas personas cultísimas, que tenían su mansión bien puesta, sin lujo, pero con todas las comodidades de una Familia Cristiana, incluso su Oratorio Privado: y como eran muy queridos, en Barcelona, nunca les faltaban Capellanes que les dijeran la Misa los domingos y muchos días festivos y de trabajo. Yo mismo, que fuí siempre tan amigo y compañero del P. Feliú, tuve el honor de celebrar Misa varias veces en lo de los Tiitos.

A ese santuario doméstico se retiró el joven Feliú, cuando le faltaron las fuerzas físicas, para seguir en el Noviciado. La Tiita era muy celosa de que su Luisito no omitiera ninguno de los Ejercicios espirituales y prácticas religiosas del Noviciado: y ella misma le guiaba el Rosario y le hacía la lectura espiritual en el Kempis y en el P. Rodríguez, y se cuidaba de que no omitiese la Meditación ni los exámenes de conciencia, ni, mucho menos, la Misa diaria.

Luis, en una palabra, salió materialmente de las paredes del Novi-

ciado, pero no volvió más al siglo ni con los hechos, ni con el corazón, que ya se lo había entregado a Dios y no se lo retiró ni se lo escatimó jamás. En ese tenor de vida, los Superiores no pudieron menos de ver en Luis una vocación decidida, aunque contrariada por la falta material de salud. Pero su familia hizo aun más: propuso pagar a Luis su viaje a América, y todas las expensas hasta que hiciera sus votos en la Compañía de Jesús, si así era la voluntad de Dios.

El P. José Saderra, Superior de la Misión, que era un noble carácter y uno de los hombres más cultos que yo he conocido, comprendió mejor que nadie, los tesoros de alma y espíritu, que se encerraban en aquel cuerpo debilitado y casi enteque: y no solamente aceptó la proposición de la Familia Feliú, sino que favoreció a Luis con toda energía y le dió todas las facilidades para que pudiera cumplir con su vocación. Por eso Luis se vino a América y llegó a Montevideo en 1892, siendo todavía Novicio de la Compañía de Jesús. Hizo parte de su Noviciado en Larrañaga, de allí pasó a Córdoba, Argentina, donde concluyó su Noviciado e hizo la Profesión Religiosa. Hizo Colegios en el Salvador y la Carrera Elesiástica en Regina Martyrum, siendo, al mismo tiempo Prefecto del Seminario. Todos los Prelados se discutieron el honor de ordenar al P. Feliú: y así es que recibió las Sagradas órdenes sucesivamente, de manos de Monseñor Boneo, Monseñor Espinosa y Monseñor Castellanos.

En seguida fué enviado a Chile, donde fué Prefecto General del Colegio de San Ignacio, y dejó un imborrable recuerdo en la alta sociedad santiaguina.

Trasladado a Santa Fe, Argentina, se reveló como un gran maestro de literatura, en las aulas del histórico Colegio de la Inmaculada, donde tuvo la gloria de contar entre sus discípulos a Gustavo Martínez Zuviría, alias, Hugo Wast, el gran novelista argentino, tenido por algunos por el mayor novelista católico de la edad presente: y ambos tuvieron la gloria de ser confundidos, al blandir sus primeras armas literarias en defensa de la causa. Porque, habiendo salido el P. Feliú en defensa de fe católica en contra de un positivista, que empezaba a hacer estragos con su constante prédica, el adversario, y no pocos, creyeron que el refutador era Martínez Zuviría. Y, por el contrario, habiendo éste impugnado por la prensa a un poeta inmoral, que se presentaba en plaza con un buen éxito de librería, el poeta, y no pocos, creyeron que el refutador era el P. Feliú. Aquí podemos decir, por una coincidencia histórica, que **los grandes genios se juntan**. Cuando habló el Maestro pensaron que era el Discípulo, y cuando habló el Discípulo, pensaron que era el Maestro: y ambos lo hicieron tan magistralmente, que muchos polemistas hubieran querido acabar por donde ellos empezaron

Viendo las dotes literarias del P. Feliú, los Superiores desearon que escribiese una historia literaria, que sirviera de texto en los Colegios de la Compañía de Jesús, y con ese designio, lo enviaron a Córdoba. Pero allí, el éxito de sus ministerios lo absorbió de tal suerte, que no pudo dar cima a la empresa. A penas si escribió algunos capítulos que no sé si están organizados y preparados para la imprenta.

El P. Feliú, en Córdoba, fué el Apóstol por antonomasia, en toda clase de ministerios, con todas las clases sociales, y con personas de todas edades y sexos. La Penitenciaría, la Correccional de niños, los Hospitales, Asilos, Orfanotrofios, las Conferencias de San Vicente de Paúl, las Colonias de Convalescientes, las Madres lapsas, toda clase de pobres y desvalidos, la Asociación de Profesoras del Divino Maestro, y mil otras instituciones fueron ayudadas o fomentadas, o fundadas, o acrecentadas, o favorecidas, por el P. Feliú, cuya autoridad y prestigio no tenía límites, ni ante las Autoridades Eclesiásticas y Civiles de la Provincia, ni ante los Presos de la Cárcel. No había quien se resistiera a las insinuaciones del P. Feliú. Su nombre era un prestigio y un símbolo.

En cierta ocasión, se sublevaron los presos de la Cárcel Pública: y resistían armados y bloqueados dentro de cuatro paredes a la Autoridad,

que no le iba quedando otro remedio que exterminarlos por las armas o rendirlos por hambre: y para no llegar a tales extremos intentaron una mediación del P. Feliú. Y el P Feliú, solo, sin una guardia de vista, y sin ninguna defensa humana, armado de su solo prestigio ante los recluidos, penetró en la Cárcel. Lo recibieron con todos los honores. Pactó con ellos y salió del recinto con la paz hecha y los presos vueltos, voluntaria y pacíficamente a sus celdas: poniéndose tranquilamente en manos de las autoridades: porque tenían la íntima convicción de que palabra dada por el P. Feliú, era como un Evangelio, como la palabra de Dios. Ese solo hecho prueba hasta dónde había llegado el prestigio del P. Feliú en la docta Ciudad de Córdoba.

He querido poner estos antecedentes, primero porque el biografiado se lo merece; y segundo, porque de otra manera, no hubiera tenido explicación lógica, el repentino éxito de sus ministerios en Montevideo, donde, podemos decir que apenas pasó por la tangente, dejando, sin embargo, una luminosa estela, muy superior en intensidad a lo que podían suponer sus pocos ministerios ejercitados entre nosotros. Es que estaban cargados del pasado y eran un presagio de un brillante porvenir.

Parecerá extraño, que, a un hombre de la alcurnia del P. Feliú, lo sacasen poco menos que violentamente de Córdoba: y, de la noche a la mañana, lo trasladasen á Montevideo. Para muchos será todavía un misterio. Para mí es cosa muy clara: y creo que ha llegado ya el tiempo de disipar dudas y dejar la verdad histórica en su legítimo lugar. La razón por la cual salió el P. Feliú de Córdoba, la sé de fuente directa. Me la dijo el mismo P. Feliú: y como me la dijo él a mí, así la diré yo al público, casi con las mismas palabras, con que él me la refirió.

Los ministerios y atenciones del P. Feliú en Córdoba, habían crecido tanto en número y en intensidad, que ya no le dejaban reposar ni de día ni de noche, ni se podía excusar muchísimas veces, sin ofensa de unos y de otros: y aunque hacía tiempo que eso le acaecía, sin embargo, llegó un momento en que su organismo ya no pudo resistir más y él mismo pidió ahincadamente al P. Provincial, Ramón Lloberola, que lo sacase de Córdoba: pues, su organismo siempre débil y ahora ya agotado, no podía más con aquella pesada Cruz. El P. Provincial accedió a su pedido: y el P. Feliú, a penas obtenida la venia, y conocido su destino, se fué a él volando por el único camino que le hubiera sido posible, viniéndose sin despedirse y sin llamar la atención de las gentes.

De que, en eso, el P. Feliú tuvo intuición de la realidad de las cosas, lo prueba el hecho, de que, el P. Cendra que debía suplirle en Córdoba, no pudo salir de Montevideo por haber intentado despedirse de sus relaciones, antes de partir a su destino.

A mí no me cabe la menor duda, de que el P. Lloberola, ya que se veía en la necesidad de acceder al pedido del P. Feliú, quiso canjear a esos dos grandes hombres, para que sus respectivos ministerios sufrieran todo lo menos posible, en cada una de las Ciudades afectadas por su respectivo Apóstol.

El P. Feliú vino a Montevideo destinado por los Superiores para Capellán del Círculo Católico de Obreros: y fué el primer cargo que tuvo dado directa y formalmente por disposición de la obediencia. Era ese su destino. Pero a medida que se fueron presentando las oportunidades, ejerció, como es natural, otros cargos. Fué Director Espiritual de la Asociación de Profesoras del Divino Maestro, de la Asociación de Estudiantas Católicas Universitarias, y de la Congregación de las Hijas de María de las Hermanas Alemanas.

Como Capellán del Círculo Católico de Obreros, se dedicó el P. Feliú, a visitar asiduamente las Familias de los Socios, fundado en el principio de que no tendrían inconveniente en llamarlo en caso de enfermedad, si los había visitado en salud: pues no era signo la venida del Capellán de que había enfermos en casa. El P. Feliú tenía conciencia de su irresistible influjo, como amigo, en cualquier hogar que visitaba. Su insi-

nuación y su trato y su don de gente eran garantía de que sería siempre bien recibido en cualquier circunstancia que se presentase. Esa obra seguida por varios, o muchos años, hubiera llegado a abrir hondo surco a la semilla Evangélica en los hogares del Círculo. Dios dispuso de su Capellán que estaba maduro para el cielo: y los hombres debemos acatar sus altos, justos, sabios y paternales juicios.

Quizá en ninguna institución de las dirigidas por el P. Feliú en Montevideo dejó más honda huella en el poco tiempo que pudimos disfrutar de sus ministerios, que entre las Estudiantas Católicas. Ellas se hicieron representar para hablar ante su tumba; han recordado constantemente su memoria: y aun palpita fresca, entre ellas, la memoria del llorado Director.

Lo menos, un par de años, explicó el P. Feliú, los Evangelios, con grande aplauso y un sorprendente éxito en los Cursos de Cultura Católica. Allí tuvo de discípulos a hombres de primera fila del Catolicismo Uruguayo, que aun lo recuerdan con admiración y cariño, entre ellos, el Dr. Dardo Regules el Dr. Ignacio Zorrilla de San Martín y otros que sería prolijo enumerar. Días pasados me decía este último: "A mí el P. Feliú me enseñó a leer los Evangelios". El joven abogado Dr. Enrique Gamio más de una vez ha manifestado que, para él, el P. Feliú fué un hallazgo en la vida. Y otros por el estilo.

Era el P. Feliú un egregio expositor. Menos la voz que no era muy poderosa, todo le ayudaba para ello. Ideas claras, estilo bien definido y fluído. Era un delicado, fino e inspirado poeta, en prosa y en verso. En nuestras fiestas domésticas, emisiones de votos, primeras Misas, bodas de oro y de diamante y otras por el estilo, nunca faltaban las poesías del P. Feliú. Siempre delicadas, siempre oportunas, siempre gratas a los festejados y festejantes, siempre esperadas y siempre aplaudidas por todos. En eso no tuvo rival en su generación, ni aun creo que nadie se le igualara, como sistema tenaz y constante, durante largos años: porque el P. Feliú vivió 43 años bien cumplidos en religión, y estaba a punto de cumplir los 44: y lo curioso es que todavía dejó escritas algunas poesías compuestas **ad-hoc** para algunos festejos domésticos, que se aproximaban. En esto, como en todo, el P. Feliú murió al pie del cañón, o mejor, al pie de la Cruz, y abrazado con ella a ejemplo del Redentor.

Como Profesor de Literatura, dió espléndidos actos en Santa Fe, y muchos diálogos, comedias y piezas dramáticas suyas fueron muy aplaudidas y estimadas. No había concertación, academia, acto público o privado, promulgación de dignidades que no fuera sazonado con alguna poesía del P. Feliú. Todos los Profesores sentían como una necesidad de cobijarse bajo la inspiración del P. Feliú. A tanto se llegó en eso, que un día un Profesor de Matemáticas, le pidió que le hiciese una composición sobre el **Triángulo**, para un acto que debía dar con sus alumnos en una promulgación mensual de dignidades. Al Padre le hizo tan mala impresión, que tomó la pluma, y en un abrir y cerrar de ojos, le hizo una sátira fulminante e inspiradísima ridiculizando el Triángulo. Sobre todo, arrancó estruendosos aplausos la gráfica descripción del **Triángulo Equilátero**: la misma variedad por todos sus lados y por todos sus ángulos. Siento no recordar de memoria ni siquiera una estrofa.

Sus artículos en revistas y periódicos eran muy buscados, aunque sus ministerios no le dejaban prodigarse mucho. Bien coleccionados podrían quizá representar un buen tomo y algunos tomos. Tanto en Córdoba, como en Montevideo, fueron muy apreciadas sus pláticas o conferencias o conversaciones monologadas, o como se las quiera llamar, que solía hacer a señoras o señoritas, mientras, en algún salón, trabajaban en labores para los pobres y obras de beneficencia. Ese es otro tópico en que no ha tenido rival y quizá no tenga nunca suplente. Era un buen calígrafo, un buen dibujante y caricaturista, aunque siempre delicado y correcto, sin herir susceptibilidades.

Era, pues, el P. Feliú un hombre nada vulgar, y, en muchas cosas,

extraordinario.

Su piedad era honda y sencilla. Decía la Misa con quietud y sosiego. Rezaba el Oficio Divino con mucha calma, y sin mostrarse nunca apurado en los ejercicios de piedad, mostrando siempre un amor filial hacia Dios y hacia la Santísima Virgen y a los Santos, en especial, a los de la Compañía. Y como había vivido, así murió.

Predicó la Novena y el Panegírico de San Luis Gonzaga, que era su Santo Patrono, en el Hospital de Caridad, concluyendo el domingo 23 de junio de 1929. Inmediatamente se sintió mal y cayó en cama. El 25 no parecía que estuviese muy grave. Sin embargo, el P. Feliú pidió urgentemente al P. Rector, que lo era el P. José M. Ezpeleta, que le diese los Sacramentos: y luego se lo mandó decir por otros Padres. Vista la instancia del enfermo, el P. Rector accedió, aunque no pareciera que hubiese tanta urgencia. Por la tarde le dieron el Viático, la Extrema Unción y la Bendición Papal e Indulgencia Plenaria para la hora de la muerte: y era de ver la devoción con que seguía las ceremonias, respondía a todo y se santiguaba con calma y haciendo la Cruz bien hecha: desde la frente hasta el pecho y del hombro izquierdo hasta el derecho, como reza el Catecismo. Concluída la ceremonia, al cabo de una hora falleció. Tenía, pues, razón al pedir los Sacramentos.

Murió con todas las señales de un predestinado. Lo asistió el P. Cen-[illegible] y como éste le pidiera que se acordase de él en el cielo, el P. Feliú delineó una sonrisa en sus labios, que parecieron pronunciar, o mejor dibujar, la palabra **Peret**, diminutivo catalán con que siempre llamaron al P. Pedro, los suyos: y, con esa palabra, espiró concluyendo su vida con un acto de caridad fraterna, como había vivido en sus constantes ministerios con los pobres y desvalidos.

P. Ramo—

Un hombre muy campechano y muy amado y estimado de sus discípulos fué el P. Felipe Ramo. Nació en Chiva, Valencia, el 24 de abril de 1846 y murió en Montevideo el 3 de febrero de 1923. Era un varón muy benemérito. Después de haber trabajado largos años de misionero en Filipinas, emprendió en Montevideo la vida de Colegios, tan pesada para un misionero, hecho a divagar por los tugurios de los indios y vivir a. aire libre. Lo general suele ser que hay gran facilidad en dejar la cátedra para emprender la vida de ministerios: y lo contrario suele considerarse como algo heroico y más en hombres entrados en edad y con largos años de predicación evangélica. Y ese es cabalmente el caso del P. Ramo. Y lo que es más notable, tomó con tanto empeño las clases, que llegó a ser un excelente profesor de Cosmografía y Matemáticas. El mismo día que cayó en cama, pidió que le administraran los Sacramentos.

A su médico, el Dr. Escardó y Anaya, que había sido alumno suyo, le dijo: "Mira, Víctor, no me abandones. Dentro de dos semanas me muero". De donde dedujo el doctor, y me lo dijo a mí, que según los cálculos del P. Ramo, éste se moría el dos o el tres de febrero: pero que no había señales de tanta gravedad por el momento. Y, en efecto, falleció el tres de febrero.

P. Lauro Darner—

Un hombre fino, y por muchos muy estimado, lo fué el P. Darner. Nació en Castellón de Ampurias, Gerona, el 16 de Abril de 1861 y murió en Córdoba el 24 de febrero de 1926. Fué ministro del Colegio-Seminario, Prefecto General, Sub-Prefecto de Estudios, de tonos y sermones. Enseñó teología escolástica. Estuvo además en Larrañaga, donde fué ministro o superior de la casa, director del Catecismo y enseñó humanidades e historia. Era un espíritu muy culto y muy bien formado en las letras divinas y humanas. Ejerció siempre altos cargos en la Compañía. Fué Vice-

Provincial y Rector muchos años en Villa Devoto y Córdoba. Su hermano, el P. Cándido Darner, fué también Director de la Academia y profesor de Literatura: pero no dejó entre nosotros tan hondos recuerdos como el P. Lauro.

P. Augusto Hupfeld—

Hermano de nuestro popular P. Roberto, tan extensamente conocido entre nosotros, era el P. Augusto Hupfeld, una noble figura: alto, bien proporcionado, finísimo en el trato, orador elocuente, misionero celoso e incansable, dominaba el castellano como su propio idioma: y dejó en Montevideo extensas y hondas simpatías.

Nació en Cassel, Hessel, Alemania, el 27 de Agosto de 1856. Protestante de origen, se convirtió al Catolicismo en Chile e ingresó en la Compañía de Jesús, haciendo con todo brillo los estudios eclesiásticos. Ordenado de sacerdote, dedicó la mayor parte de su vida á la predicación evangélica entre nosotros y la Madre. Murió en Barcelona el 26 de Octubre de 1905. Vino al Colegio-Seminario en 1895: y fué Prefecto de convictorio, de tonos y de sermones, Sub-Prefecto de estudios y Bibliotecario Enseñó telogía escolástica e historia eclesiástica.

En su muerte tuvo rasgos de hombre santo y murió de la manera más envidiable en que puede acabar un cristiano, católico y Sacerdote.

En efecto: se retiró a hacer los Ejercicios de San Ignacio por espacio de ocho días. Concluídos éstos, pidió al P. Rector permiso para alargarlos dos días más. Obtenida la licencia, pocas horas antes de que se cumpliese el plazo, a la madrugada del último día de Ejercicios, entregó su alma á Dios, después de haberse estado preparando diez días seguidos, en retiro absoluto, sin pensar en otra cosa, sino en su alma y en Dios.

¿Habría tenido algún presentimiento de su muerte? No lo creo improbable. Esa licencia conseguida de los Superiores, para alargar el retiro hasta la hora de la muerte no deja de ser harto significativa: y altamente edificante. Dios lo tenga en su gloria.

P. Quilez —

No era aún Sacerdote cuando vino a Montevideo en 1886. Muy poco estuvo entre nosotros, pero ha dejado un grato recuerdo y una luminosa estela de su paso por nuestras aulas. El Dr. José Irirureta Goyena, invitado en 1930 para asistir a las solemnidades del cincuentenario del Colegio-Seminario, aceptó complacido: y dijo que si en su mente no bullera sino el recuerdo de los Padres Quilez y Jesús Más, bastaría eso para asegurar que guardaba de su vida de colegio, los más gratos recuerdos. Ambos han fallecido. El P. Pablo Quilez murió en Manresa el 15 de abril de 1893, mientras hacía su tercera Frobación, no mucho después de haberse ordenado de Sacerdote. Desapareció cuando apenas empezaba a tenerse sobre su persona las más halagüeñas esperanzas, en la edad viril, a los 33 años recién cumplidos, puesto que nació el 25 de febrero de 1860.

Fué director del museo de historia natural y del gabinete de física: y enseñó cosmografía, física, aritmética, álgebra y geografía física.

P. Sanfuentes —

Pocos hombres han dejado en sus alumnos de todas partes una impresión más universal y pareja de su gran talento matemático y de su ingenio en la cátedra, como el P. Luis Sanfuentes. Nació en Santiago de Chile, de una de las más linajudas familias de la capital trasandina, el 30 de octubre de 1832, y murió en Santa Fe el 30 de Abril de 1897. Como el P. Morel, entro adulto en Religión Fué un fervoroso convertido, que se abrazó con la Cruz de Cristo con un impetuoso denuedo. Era un carácter férreo. Ya encorvado por los años y las enfermedades, conservó siempre la vivacidad de su in-

rada penetrante y profunda y la clarividencia de sus ideas, que exponía con claridad meridiana y salpicaba con frases cáusticas y llenas de calor y de vida, calor y vida que contrastaban notablemente con su cuerpo descoyuntado y flaco y extenuado por las grandes hemorragias que lo agotaban y lo dejaban exangüe. Lo que en él nunca desfallecía era su estilo y la penetración de su mirada, la vivacidad de sus negros ojos, grandes y escrutadores.

Fué profesor mío tres años de matemáticas; y tuve la gloria de ser siempre su amanuense, porque el P. Sanfuentes no tenía fuerzas físicas para escribir en la pizarra. Nunca jamás se sentaba en la cátedra. Dictaba siempre de pie la explicación y un alumno le hacía los procedimientos y las figuras en el pizarrón. Desde el primer día hasta el último del curso explicaba siempre materia nueva. Oficialmente no repasaba; pero era tan exigente en raciocinar y en fundar lo presente en lo pasado, demostrado y explicado, que todos los días estaba repasando; y, al concluir la materia, no quedaba sino el dar examen. Otros Profesores podrían sacar un porcentaje mayor de aprobados, presentar a la prueba final grupos más parejos y homogéneos; pero a presentar alguno o algunos alumnos que merecieran la felicitación unánime del tribunal examinador, no creo que nadie jamás le igualara, lo que es, a mi juicio, una concluyente demostración de cuán a fondo explicaba el P. Sanfuentes las matemáticas que fueron su especialidad, y hasta donde llegaban sus discípulos de aplicación y verdadero talento.

No era, pues, el P. Sanfuentes un Profesor en el sentido vulgar del vocablo, sino un gran Maestro, en el noble y verdadero sentido de la palabra

Si las fuerzas físicas le hubiesen acompañado, hubiera sido un gran orador sagrado. Los pocos sermones que predicó en su vida, formaron época y se recordaron largo tiempo como piezas cabales en su género. Una vez en nuestra clase, hubo de salir a la mitad de la hora, por una hemorragia que le asaltó delante de nosotros. En otra ocasión, consagrada ya la hostia en el altar, y antes de consagrar el cáliz, le asaltó otra hemorragia, y concluyó el Santo Sacrificio el P. Miguel Orriols, que era entonces Prefecto General del Colegio-Seminario y aún vive, frisando en los 90 años.

El P. Sanfuentes fué Director del Apostolado de la Oración, y enseñó inglés, física, aritmética razonada, álgebra, geometría y trigonometría.

P. Colomer Francisco —

Merece una mención honrosa en estas páginas el P. Francisco Colomer, siquiera sea por la simpatía que supo despertar entre los Seminaristas, durante los pocos años que estuvo en el Colegio-Seminario. Vino a Montevideo en 1883. Era español. Nació el 10 de agosto de 1847 y murió en Santa Fé el 13 de octubre de 1913. De trato muy sencillo y de no muy finos modales, era un alma muy bondadosa y un verdadero estudioso. Fué profesor de ínfima y enseñó física, química e historia.

Andando los años, llegó a ser un gran químico. Dejó una obra manuscrita encuadernada en once volúmenes, la cual se conserva en la Biblioteca del Colegio de la Inmaculada en Santa Fé. Fué Director del Observatorio Meteorológico de aquel Colegio, en cuya función le alcanzó la muerte después de una larga y penosa enfermedad. Dejó muchos apuntes de diferentes materias, lo que prueba su asidua labor, como hombre de estudio. La nota más simpática que resplandece en esos apuntes, por cierto muy variados, es el empeño que se tomó en dominar la historia de los países en que vivió, que fueron especialmente, el Uruguay, Chile y Argentina.

P. Colomer Sebastián —

De prendas de carácter muy distintas del anterior, fué el P. Sebastián Colomer. Español, como él, nació el 14 de junio de 1842 y murió en Bs. As., el 25 de diciembre de 1902. Fué misionero en la Residencia de la calle Canelones, acompañó a Don Jacinto Vera en varias de sus Misiones y ayudó a

bien morir al P. Manuel Martos, primer Superior de los Jesuitas en el Uruguay, en esta tercera época, en la Misión de Fray Bentos de 1877. En el Colegio-Seminario enseñó muchos años teología escolástica, dogmática y sagrada escritura, y fué Bibliotecario y Prefecto de casos, de tonos y de sermones. Tenía una gran afición al pulpito. Componía muy bien, pero la voz y el gesto no le acompañaban. Era un hombre sencillo que nunca sospechó la malicia del mundo. Un buen teólogo y moralista, digno de aprecio por su ciencia y su buena fe, por su profunda religiosidad, por su empeño en cumplir con sus deberes de hombre y de religioso, pero que no entendió al mundo ni el mundo lo entendió a él. En Religión fué muy apreciado y enseñó siempre las altas ciencias eclesiásticas, con fama de laboriosidad y suficiencia.

CAPITULO X

NOTA CARACTERISTICA DE LOS JESUITAS EN SUS TRES EPOCAS URUGUAYAS

La nota característica de los Jesuitas, durante los tres períodos que han vivido en el Uruguay, ha sido la formación de nuestro Clero. A ella han contribuído desde el País y desde el extranjero con notable tenacidad. En eso no han tenido semejante. Y, por eso, no es extraño, que todos los Obispos Uruguayos, sin excepción ninguna, hayan sido alumnos de los Jesuitas, y que todo el Clero Uruguayo, haya pasado por sus manos. Y es, sin duda, ésta una de las glorias más puras de la Compañía de Jesús en el Uruguay. Y uno de sus apostolados más universales y más profundos: porque han formado los Apóstoles y toda la Jerarquía de esta Provincia Eclesiástica, cuyo Clero es un Clero modelo y que, sin despreciar a nadie, no cede en ciencia y en virtud y celo por la Salvación de las almas, a ningún Clero del mundo. En su relativamente corta existencia, ha dado Obispos Santos y verdaderos Apóstoles, como un Jacinto Vera, un Inocencio María Yéregui, un Pío Cayetano Stela, un Ricardo Isasa, un Joaquín Arrospide: y Obispos que tenían todo eso, y eran además sabios de primera línea y de lo más eruditos de su siglo, verdaderos padres de la Iglesia por su ciencia y su virtud, como un Mariano Soler, que era, sin duda uno de los Prelados más sabios y más conocidos de su generación, en el país y en el extranjero.

No menciono al Dr. D. Dámaso Antonio Larrañaga, porque no me consta que hubiese estudiado con los Jesuitas. Pero esto no desvirtúa la posición sentada anteriormente: porque Larrañaga no fué nunca consagrado con la plenitud del Sacerdocio, no por falta de méritos: pues era un varón justo, y uno de los hombres más sabios de su generación, sino, sin duda, por haber quedado, en los últimos años de su vida, enteramente ciego. Pero sí debemos contarlo entre los sapientísimos prelados uruguayos, que tuvieron fama mundial. Entre los hombres que ya pasaron, podemos afirmar que la Jerarquía Uruguaya, ha tenido en un lapso de tiempo, relativamente breve, dos verdaderos sabios de reconocida nombradía, uno seguro alumno de los Jesuitas.

Las Pastorales del Dr. Mariano Soler, sus Viajes por Ambos Mundos, las Ruinas de Palmira y de Babilonia, su Apología de la Compañía de Jesús, y otras que sería prolijo enumerar, son verdaderos monumentos de erudición y de la ciencia de su tiempo. Las Ruinas de Palmira y Babilonia están escritas con datos tomados sobre el terreno y de esta última, dice Carlos Walker Martínez, que es honra de la lengua castellana y de Sud América.

Para concretar estas ideas, voy a trasladar aquí un trabajo mío, publicado en EL BIEN PUBLICO, el 7 de mayo de 1933, con motivo de la inauguración del Seminario Mayor Interdiocesano, de Cristo Rey, en Instrucciones. Añadiré algunos de los fallecidos después. Dice así:

LOS JESUITAS Y EL CLERO URUGUAYO

(Especial para "El Bien Público").

I

DENTRO DEL PAIS. — CUARTA VEZ —

El 27 de abril, día del Doctor de la Iglesia Universal, San Pedro Canisio, S. J., debió inaugurarse solemnemente la apertura del primer año escolar del Seminario Mayor Interdiocesano y Menor de Montevideo, con asistencia del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Arzobispo de Cirasc, Dr. D. Felipe Cortesi, y de los Excelentísimos Señores Prelados de esta Provincia Eclesiástica, Dr. D. Juan Francisco Aragone, Don Tomás Gregorio Camacho y Don Miguel Paternain; pero el luto del Excelentísimo Sr. Arzobispo hizo que se trasladara esa inauguración, con todas sus características, al sábado, 29 de abril.

La sociedad toda de Montevideo, en todas sus clases sociales, desde las más humildes hasta las más encumbradas y todo el Clero Secular y Regular, acudieron en masa, a ese que, en parte, era un llamado, y en parte un anhelo y una aspiración de todos, para presenciar, honrar y aplaudir ese acto, que es, sin duda alguna, un gran jalón en la historia eclesiástica del Uruguay. Ningún otro ha habido en nuestra historia de tan amplias proyecciones y de tan hondo significado.

Así lo ha entendido el pueblo católico uruguayo, con ese instinto certero de las muchedumbres; y con ese indefectible sentido de la fe, que distingue y ha distinguido siempre al pueblo fiel en todos los tiempos, y es una prenda segura de que Dios asiste a su Iglesia, no sólo en su Jerarquía, aunque muy especialmente en ella, sino también, en todos y cada uno de sus fieles.

Me parece oportuno, en esta ocasión, hacer algo de historia.

Lo más característico de esa inauguración es que el Seminario Mayor Interdiocesano queda a cargo de los Jesuitas por orden terminante y expresa del Romano Pontífice, a petición del Excmo. Sr. Arzobispo Dr. Don Juan Francisco Aragone, y con el amplio beneplácito de los Excelentísimos Sufragáneos D. Tomás Gregorio Camacho y D. Miguel Paternain. Y, con esta, es la cuarta vez que los Jesuitas en nuestra historia, se hacen cargo de la formación del Clero Uruguayo, dentro de nuestro país.

La primera vez fué hacia 1746, en que abrieron la primera escuela de Montevideo. "De esta escuela —dice el doctor Nicolás Barrales, primer Cura Párroco de Montevideo—, a más de otros grandes provechos que se han seguido, ha sido uno muy principal, el que varios niños de capacidad y de padres de conveniencia han pasado a estudiar gramática en la misma Residencia, a cuya enseñanza está también dedicado otro Padre, siendo así que, por lo común, no son más de tres, con el Superior y un Hermano Coadjutor. De esta aplicación de los Padres a enseñar la gramática, ha resultado el que hoy día tiene esta ciudad seis hijos estudiando facultad mayor, parte en el Real Seminario de Córdoba, y parte en el Colegio de Buenos Aires, sin otros cinco que están próximos a entrar en filosofía; y los más de ellos, con capellanías sólidamente fundadas, y suficientes para ordenarse con ellas; de suerte que, aunque no se aplicasen más niños a la gramática, dentro de pocos años tendrá esta ciudad, de seis a siete Clérigos, hijos de sus principales familias los que, criados en la escuela de la Compañía, se espera serán de mucho lustre, ejemplo y provecho, para este pueblo y su jurisdicción".

Así hablaba el primer Cura de la Matriz, y de Montevideo, en informe fechado el 30 de setiembre de 1761; y añadía con cierto aire de satisfacción y de triunfo: "De este antecedente, notoriamente cierto, se infiere que, a beneficio de la grande aplicación de los Padres, está ventajosamente suplida, la grande dificultad que dice el informe, que hay, de hallar Clérigos, que vengan a esta ciudad, por falta de congrua".

Y yo puedo añadir que esa congrua era tan generosa que, en tiempo de Monseñor Vera, y Gobierno de Berro, se pensó seriamente en reclamar esos beneficios, con la idea de elevar el Vicariato a Diócesis, con un presupuesto global de unos 60.000 pesos al año, cuya principal entrada, si no la única, había de proceder de esós beneficios. Creo que nada se hizo por la insensatez de aquel Gobierno, que se enfrascó estéril y perjudicialmente en el famoso conflicto, que ha pasado a la historia, con el nombre antonomástico de "el conflicto eclesiástico". Pero, de todos modos, ese hecho, o proyecto, indica el concepto en que se tenían esas becas o patrimonios sacerdotales, en tiempos más cercanos que los nuestros, a la presencia de los hechos.

De las palabras de Barrales se deduce que toda la Comunidad de Montevideo estaba dedicada a la formación de nuestro Clero; pues siendo solo cuatro, tres se dedicaban a la enseñanza, el Hermano Coadjutor y dos Padres. Y los Padres, expresamente, a los alumnos de la Escuela que deseaban seguir la carrera eclesiástica, y en orden a ella, y nada más que a ella; era, pues, un verdadero Seminario Menor, en el actual significado del vocablo. Todo eso se acabó con la expulsión de los Jesuitas en 1767.

Desterrados los Jesuitas de Buenos Aires, por Rozas, en 1841, se refugiaron en el Uruguay; y a vuelta de mil peripecias vinieron a fundar un Colegio en Santa Lucía, donde se dedicaron, por segunda vez, a la formación de nuestro Clero. No tengo una nómina de los Sacerdotes, formados por los Jesuítas en la época colonial. Pero no dudo que no desmerecerían de los que se formaron en esta segunda época, en que salieron hombres tan eminentes con D. Inocencio María Yéregui, segundo Obispo de Montevideo; su hermano, Don Rafael Yéregui, el gran secretario de Don Jacinto Vera y a quien hará justicia la historia, pues actuó en los tiempos más difíciles del conflicto eclesiástico con brillantez y absoluta fidelidad a la Iglesia. De Santa Lucía salieron también un Madruga, un Auteril, un Echagüe, este último de Paraná, y otros que no sería difícil enumerar.

El 26 de enero de 1859, fueron desterrados los Jesuítas del Uruguay, por el Gobierno de Pereira.

Después de la Cruzada Libertadora, el Gobierno provisorio de Flores, por decreto del 4 de Abril de 1865, levantó el destierro a los Jesuitas, pero no volvieron a la Patria hasta el 3 de septiembre de 1872. A los 8 años de su arribo a nuestras playas, el 1 de marzo de 1880, se hicieron de nuevo cargo del Clero uruguayo, en el Colegio-Seminario de la calle Soriano y Médanos. El 1º de febrero de ese año llegó el primer seminarista de esta tercera época Jaime Ros. Al día siguiente llegaron Antonio S. Ardoino, Antonio Castro, Francisco Irizarri, etc., hasta doce seminaristas que entraron en Ejercicios ese mismo día, 20 de febrero, para salir el 29 por la mañana y entrar en clase el primero de marzo, después de haber recibido la Comunión de manos del Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico, Dr. D. Luis Matera.

Las "Cartas Annas" de aquel año, relatan el hecho con estas frugales palabras: "Los Seminaristas pintan bien, en este primer curso literario: pues con ocho días de Ejercicios Espirituales, han echado el fundamento, no sólo para este año, sino también para los años venideros, recibiendo, además, el Sacratísimo Cuerpo de Cristo Nuestro Señor, de mano del Ilmo. Sr. Matera, Nuncio Apostólico en estas Repúblicas del Plata. Luego, el Ilustrísimo Varón muy amigo de nuestra Compañía, habló muy amablemente a los alumnos, y les significó que era, para él, gratísima la erección de este Seminario: y que él escribiría sobre esto al Romano Pontífice".

De aquella primera planta, viven aún Don Jaime Ros, el Decano de los Párrocos de esta Provincia Eclesiástica y protoalumno del Colegio - Seminario; el Rvmo. Señor Canónigo D. Antonio S. Ardoino, Vicario General de la Arquidiócesis de Montevideo; el Muy Ilustre Canónigo Don José Bergara, el Cgo. José de Luca y el señor Lorenzo Lanaro. Entre los finados de aquel primitivo plantel, figuraron hombres tan eminentes co-

mo un Antonio Castro, gran maestro de juventud y figura de primer orden en nuestro ambiente literario y científico, siendo su memoria venerada por hombres de todos los credos, como se puso de relieve en su entierro, al que acudió una gran muchedumbre de Clero y pueblo y hablaron siete oradores, de todos los campos de la opinión, como no se ha visto, y quizá no se repita, en la muerte de un humilde religioso, que se pasó la vida en la cátedra y en los mas humildes ejercicios de una vida austera y sencilla.

Un Pedro Oyasbehere, periodista de alta escuela, luchador incansable, intéguérrimo defensor de nuestra Causa, con la palabra y con la pluma; poeta y orador distinguido, que hizo honor a las letras uruguayas.

Un Luis Hargain, que, concluida su carrera en el Colegio-Seminario, pasó al Colegio Pío Latino de Roma, donde se doctoró en la Universidad Gregoriana; y ha sido, sin duda, el primer canonista de su generación entre nosotros. Varón eximio y brillante, prestó a la Iglesia su más valioso concurso en momentos delicados y difíciles. Era el Dr. Hargain una verdadera gloria de la Iglesia Católica en el Uruguay.

Otros, aunque no tan conocidos, no son menos dignos de aprecio; como un Francisco Irisarri, sereno y profundo teólogo, y Mamerto Nicolás Berriel, párroco santo y modoso.

Y, si echamos una mirada de conjunto a la actuación del Colegio-Seminario del Sagrado Corazón, en la formación de nuestro Clero, veremos que no puede ser más brillante. Por sus aulas pasaron 251 seminaristas de los cuales perseveraron en su vocación 130, y dejaron el Seminario antes de ordenarse 121; o sea, perseveraron el 52 o|o y fallaron el 48 o|o. Entre los que perseveraron hemos de contar 11 fallecidos durante sus estudios, 15 religiosos y 104 Sacerdotes Seculares; y a ellos pertenecen los tres Prelados de esta Provincia Eclesiástica, los Vicarios Generales, varios Canónigos y buena parte de los Párrocos y otros Sacerdotes del alto Clero uruguayo, y algunos profesores del Seminario Interdiocesano.

Entre los finados que vinieron, después de los fundadores, debemos destacar la excelsa figura del canónigo Juan Hargain, versado y profundo teólogo; al celoso Párroco Manuel González; al modesto y virtuoso Gervasio Villa; al insigne y popular Párroco de Florida, Crisanto López y López, bajo profundo y buen músico; al inspirado poeta y orador elegante Miguel Lacroix; a Olegario María Núñez, poeta mucho más delicado, hombre cultísimo, párroco de primera fuerza, tronchado en la flor de su edad, como fruta madura para el cielo, donde habrá recibido la condigna recompensa de sus juveniles trabajos en el apostolado y en la cura de almas; a Francisco Deubaldo, alma cándida y llena de Dios, que, después de largos años de cura de almas, pasó santamente a mejor vida, después de una muy larga y dolorosa enfermedad; al Dr. José María Garl, glorioso Párroco de San Francisco, arrebatado a la vida en la mitad de sus días, por una operación quirúrgica; a Simón Gorrichátegui, S. J. buen músico, profesor de alcurnia en Buenos Aires y Montevideo, hombre sencillo y de una laboriosidad a toda prueba, que, delicado de salud, trabajaba como cuatro o cinco hombres sanos, con admirable serenidad y método nunca desmentido, que murió al pie del cañón, ya que sus últimos alumnos daban su último examen cuando él yacía de cuerpo presente en la portería del Colegio-Seminario, y recuerdo con emoción con cuánta devoción esos jóvenes oraron de rodillas ante el cadáver del Maestro, antes de presentarse en la Universidad, a rendir su prueba, que, dicho sea de paso, salió muy bien.

El Canónigo Augusto Rey, hijo del Maestro de Música, Don Ceverino, uno de los hombres más activos y más eficaces del Clero Uruguayo. Concluyó la Iglesia Parroquial de Mercedes, una de las más grandes y más hermosas del País, muy parecida en estilo y dimensiones a la del Colegio-Seminario, pero de fachada más amplia y más fastuosa. Adelantó las obras de la Parroquia de Pocitos en sólo cuatro meses que fué allí Cura Vicario. A la vista de todos está en Montevideo, su obra maestra de la

Parroquia del Cordón, donde transformó y reedificó la Iglesia, con hermosas proporciones y nobles materiales y construyó la Casa Parroquial, mejorando lo que había y levantando teatro y salones para comodidad de los feligreses, no parando de edificar desde que tomó posesión de la Parroquia hasta el último aliento de su vida.

Pero donde se agigantó su personalidad, y llegó a tener relieves nacionales, y adquirió de toda justicia las proporciones de una figura prócer de nuestro Clero, a pesar de su juventud, fué en el tristemente célebre proceso de "las campanas funerarias", en 1906, siendo Párroco de Minas. La Junta Económica de Minas, prohibió los toques funerarios de campanas. Rey desacató la orden, defendiendo los derechos de la Iglesia. La Junta insistió en sus pretensiones, poniendo al Cura en la alternativa de ir a la cárcel o de pagar una multa de 20 pesos. Rey no cedió y fué a la cárcel. La conmoción fué universal y el triunfo del Cura y de la Iglesia, completo y más completas aún las fiestas de desagravio de parte de los vecinos y de todo el país, en especial de Montevideo, arraigando para siempre las Peregrinaciones al Verdún.

De todas partes llovieron felicitaciones. Conservamos lo menos cinco de Monseñor Mariano Soler, que alentó al Cura en todo momento, en el importuno conflicto. En una de ellas le decía: "Mariano Soler, Arzobispo de Montevideo, saluda al Sr. Cura de Minas y lo felicita con toda efusión, por el espléndido éxito de las fiestas patronales, y el colosal triunfo de la tonta cuestión liberalesca sobre dobles; pero, al mismo tiempo, comprende que es cuestión de vida o muerte, para dar principio a la ingerencia liberal en las cosas de la Iglesia. Por tanto hay que jugar el todo por el todo; y preparar su gente para la resistencia y pago de multa, etc. y si lo llevan a la cárcel, hacerle espléndida manifestación".

Rey siguió la consigna de su Prelado. Jugó el todo por el todo. Fué el héroe del momento y obtuvo un triunfo completo, cuya documentación conservamos, y que aun vive y palpita en las tradiciones minuanas.

Así no es extraño que los Prelados distinguieran siempre al Confesor de la Fe. De Monseñor Soler consta por lo dicho el aprecio que le tenía. En carta del 14 de noviembre saludaba "al ya inmortal Cura Vicario de Minas"; y Monseñor Aragone le dió los Curatos de Pocitos y del Cordón, lo nombró Canónigo de la Metropolitana, Párroco Consultor, Examinador y Juez Sinodal, cargos que desempeñaba, cuando pasó a mejor vida.

Era Rey un excelente músico, organista, e introdujo con ardor el canto popular entre los Fieles, donde quiera que fué Párroco. Siempre los artistas lo consideraron como su modesto Mecenas. Nunca conoció las tacañerías en favorecer a los artistas en el arte sagrado y fué un gran entusiasta de la solemnidad del culto divino. Dios le habrá premiado, lo mucho que se sacrificó para levantarle templos y dar esplendor a su culto. Es Augusto Rey una legítima gloria del Colegio-Seminario. Su augusta figura merecía esta larga disgresión. Es un homenaje de justicia y de cariño que tributo a mi querido condiscípulo y amigo de toda la vida.

Otro carácter constructivo, como Rey, fué Eliseo Verdier, aunque muy inferior a él en dotes y en gusto artístico. Construyó la actual Iglesia de Castillos, siendo Párroco de Rocha. Algunas obras hizo en la Parroquia de Salto. Ensanchó la Parroquia, y actual Catedral, de Florida y edificó de planta la Casa Parroquial con buenas comodidades. En todas esas obras reveló un gran talento administrativo, una gran abnegación por la Causa; pero poco gusto arquitectónico. Monseñor Paternain lo propuso a la Santa Sede para Cura en propiedad de Durazno, de provisión Pontificia, para suceder en el cargo a Mons. Joaquín Arrospide, que había sido promovido a la Mitra de Melo, siendo Cura de Durazno, y en ese cargo le alcanzó la muerte después de una larga y penosa enfermedad. Era Verdier un carácter austero y tenaz en sus empresas, no pocas veces, coronadas por el éxito, por aquello de que "**labor omnia vincit improbus**".

Un carácter campechano, bondadoso por demás, doctor y campero al mismo tiempo, Fiscal y Pro-Vicario de Melo, Párroco y Consultor Dioce-

sano, fué el Presbítero D. Manuel Guillade, a quien tantos recuerdan con cariño, por sus insuperables prendas de bondad y de carácter.

El Pbro. Antonio Ferrari, Párroco de Carmelo, acaba de conmover a toda su feligresía. Dios ha dispuesto de su alma a la hora menos pensada. Ha sido un incansable apóstol, humilde y bondadoso. Dió gran impulso a todas las obras parroquiales de Carmelo. Refaccionó el templo y proyectaba levantar uno de planta mucho más artístico y grandioso. Fundó el Colegio de las Hermanas de la Merced muy floreciente en Carmelo. Su muerte ha sido muy sentida y aun resuenan sus ecos.

Concluyamos esta ya prolija enumeración con la santa y venerada memoria del Canónigo Carlos Bianchitti, Cura Rector de la Aguada, cuya bondad e inocencia de vida fueron en él características, desde la tierna infancia. Su mirada serena y tranquila, su amable y franca sonrisa, el tono de su voz, todo trashumaba una candidez benigna y amable, que atraía instintivamente con profunda simpatía. Hombre acomodado por familia, dejó todos sus bienes para la Iglesia y obras de caridad y beneficencia. Hizo progresar en su Parroquia el "Eco Parroquial", órgano de la misma. Bajo su paternal administración florecían las instituciones piadosas, en especial, la Congregación de Jóvenes de la Inmaculada Concepción y San Estanislao de Kostka y el Círculo de Estudiantes Católicos "Héctor Miranda".

Nota. — Este Colegio-Seminario tiene 54 años. En ese lapso de tiempo han pasado a mejor vida un número relativamente grande de sus alumnos Sacerdotes. En cambio casi no ha muerto ninguno de los alumnos seglares, en edad madura y en condiciones, de honrar estas páginas con numerosas monografías. Será ésta una tarea que habrá de emprender el historiador que venga después del Centenario de este hogar de la intelectualidad uruguaya.

Solo haré mención aquí de Jerónimo Toribio Lares, que entró en el Colegio-Seminario en 1910 y murió en olor de santidad en 1921. Era todavía muy joven, casi un adolescente y ya luchaba por la vida con la fortaleza de un gigante y con la cordura de un hombre en plena madurez. Estudiaba arquitectura. Su concentración al estudio era grande. Los modelos de su taller particular buenos y relativamente abundantes, ejecutados por él mismo, con amor y con empeño.

Esa concentración al estudio no le impedía el trato social. Era un vicentino activísimo y sus compañeros de Causa le hicieron una verdadera ovación, acompañando sus restos en gran número, y pronunciando en el Cementerio Central sentidísimos discursos. Era todavía un muchacho, y recibía las ovaciones de un hombre maduro y encanecido en el bien.

Menciones como ésta serían muy honrosas para esta página. Pero no tengo datos concretos.

II
EN EL EXTRANJERO

Uno de los acontecimientos más típicos de nuestra historia eclesiástica es la constante cooperación de los Jesuitas en la formación de nuestro Clero, desde otras tierras. En tiempo de la Colonia, como bien lo nota el doctor Barrales, los humanistas de Montevideo iban a proseguir sus estudios superiores de Filosofía, Teología y Derecho y quizá también de Retórica, a Buenos Aires y Córdoba, donde los Jesuítas profesaban esas facultades; y no es probable que esos alumnos de los Jesuítas salieran de nuestras aulas montevideanas para ir a estudiar a los Conventos de otras órdenes religiosas, al menos, como tesis general; ya que el Real Seminario de Córdoba y el Colegio de Buenos Aires, a los cuales se refiere expresamente Barrales, eran de los Jesuítas.

Al volver los Jesuítas a Buenos Aires, después de restaurada la Compañía en 1837, emprendieron de nuevo, con toda generosidad, esa grata y gloriosa tarea; y aunque no hubiesen formado sino a Don Jacinto

Vera, último Vicario Apostólico y primer Obispo de Montevideo, podrían gloriarse de que habían contribuido eficazmente a la formación de todo el Clero uruguayo. Porque Don Jacinto Vera, como Vicario Apostólico, en 1863, envió un grupo de seminaristas al Colegio de la Inmaculada, de Santa Fe, donde contribuyeron los Jesuítas a la formación del Clero por espacio de 21 años, hasta 1884, en que salió el último de los uruguayos, formados en aquel histórico Colegio.

En 1869, empezó Don Jacinto Vera a enviar seminaristas a Roma, donde se formaron, y aun hoy día se siguen formando, en el Colegio Pío Latino Americano y en la Universidad Gregoriana, ambos a cargo de los Jesuítas.

De esos seminaristas enviados a Santa Fe, y a Roma, han salido hombres tan eminentes como el Dr. Mariano Soler, último Obispo y primer Arzobispo de Montevideo; el Dr. Ricardo Isasa, primer Obispo electo de Salto y Arzobispo de Staurópolis; el Dr. Pío Cayetano Stella, Obispo de Amizón; Monseñor Joaquín Arrospide, Obispo de Melo; Monseñor José Marcos Semería, Obispo Dimisionario de Melo y después Obispo de Prussa; Monseñor Nicolás Luquese, primer Obispo electo de Melo, Secretario y Vicario General largos años del Obispado y Arzobispo de Montevideo; el Dr. Santiago Haretche, uno de los hombres más conspicuos de nuestro Clero; Juan I. Bimbolino, a quien sus compañeros de Colegio apodaban "el Santo"; párroco celoso y realmente santo, que levantó la casa parroquial y la iglesia de la Aguada; el Dr. Norberto Betancur, excelente carácter orador sagrado de alto vuelo; y otros muchos que pudiéramos enumerar, como Santiago Silva, Olegario Berriel, Nicanor Falcón, Pedro Podestá, Casto Imas, Gil Sánchez, S. J.; Ignacio Torre S. J.; Monseñor Eusebio de León, canónigo honorario de Loreto y uno de los oradores más brillantes del Clero uruguayo; y, finalmente, el canónigo Francisco Mujica y el canónigo Eusebio Clavell, este último, el único sobreviviente de aquella hornada, y el último en ordenarse de todos ellos.

Entre esos, vale destacar al Dr. Soler, escritor fecundísimo, investigador incansable e indomable luchador, uno de los Prelados más sabios de su generación; al Dr. Isasa, Vicario General y Gobernador Apostólico del Arzobispado y de toda la Provincia Elesiástica del Uruguay, varón de invencible bondad y de caridad a toda prueba; al Dr. Stella, gran misionero, que durante treinta y tantos años no hizo otra cosa en su vida sino dar misiones en toda la República, sin tregua y sin descanso; y a Monseñor Arrospide, modelo de Párrocos rurales y Obispo sencillo y popular, especie de gran Párroco de toda su Diócesis, que visitaba cordialmente y conocía como las palmas de sus manos.

III
SUGERENCIAS

Los Jesuítas de la Colonia, formaban el Clero de la Parroquia de Montevideo. Los Jesuítas de Santa Lucía se dedicaban al Clero del Vicariato Apostólico del Uruguay. Los Jesuítas del Seminario Conciliar formaban el Clero de la Diócesis de Montevideo, y sólo en sus postrimerías, tocaron de refilón al Clero de la Provincia Eclesiástica del Uruguay. Los Jesuítas del Seminario de Cristo Rey, en el Camino de Instrucciones, toman a su cargo con todas las de la ley, el Seminario Mayor Interdiocesano de esta Provincia Eclesiástica, ya completamente consolidada y organizada según los cánones, por expresa orden del Santo Padre, Pio XI, y el Seminario Menor de la Arquidiócesis de Montevideo.

El progreso es gradual y manifiesto. Sólo es de anhelar que los resultados igualen a aquella primera camada de 1880, que, de doce, se ordenaron nueve: Ardoino, Bergara, Berriel, Castro, De Luca, Hargain Luis, Irisarri, Oyashebere, Ros; y de ninguno se puede afirmar que no persevere, porque varios han muerto fieles a su vocación, y otros son modelos de Sacerdotes, dicho sea sin peligro de ofender su ya arraigada modestia.

Entre los perseverantes hay que contar a Juan Cancio Hetcheum, que murió seminarista.

CAPITULO XI
Estado actual de la Compañía de Jesús en el Uruguay

El progreso de la Compañía de Jesús en el Uruguay, en esta tercera época, ha sido lento, pero firme y seguro. Las monografías que hemos trazado de los hombres que han desfilado por la Residencia y por el Colegio - Seminario, indican, sin exageración, cierta abundancia de varones de talla, en un número de Jesuitas relativamente pequeño, y en un período de tiempo, no corto, pero tampoco largo, pasado parte de él, en las penosas y largas briegas de todas las fundaciones modestas, y pobres, que no cuentan, desde un principio, con abundancia de recursos, como para sacar a luz creaciones instantáneas. Durante mucho tiempo, las vocaciones uruguayas a la Compañía fueron escasas y aun nulas. La única casa que teníamos, recibía todo su personal de la Provincia de Aragón, que nos dió, en general, excelentes sujetos, que han brillado no sólo en el País, sino también en el extranjero. El aumento de piedad y de vida cristiana en el Pueblo, se tradujo en un aumento de vocaciones. El 3 de marzo de 1925, se fundó la Escuela Apostólica con **un solo Apostólico.** Empezó, siendo una remota esperanza, y va siendo ya una realidad consoladora y firme.

El 6 de Enero de 1933 se abrió la Residencia de Durazno, siendo fundadores, los Padres José María Ezpeleta, Antonio Barlén y Manuel M Solá, y el H. Alfredo Aunión; y ese mismo año, hubo en Durazno un aumento de 16.000 comuniones, sin contar otros muchos ministerios de aquellos misioneros en diversos puntos de la Campaña, especialmente, Misiones y tandas de Ejercicios. Hoy ya tiene casa propia.

El 29 de abril del mismo año, tomó la Compañía posesión del Seminario Mayor Interdiocesano, de Cristo Rey, en Instrucciones, siendo Rector el P. José Doménech, Ministro el P. Martín Gómez; Padre Espiritual el P. Juan Muntané, Cocinero el H. Emilio Beltrán y Portero el H. Ricardo Sáez. Regentean las Cátedras algunos Jesuítas y varios Clérigos Seculares.

La Compañía de Jesús tiene, pues, ahora en el Uruguay, un Colegio, un Seminario, una Residencia, una Casa de Ejercicios Espirituales y una Escuela Apostólica

En la Escuela Apostólica hay unos 30 alumnos, término medio. En la Casa de Ejercicios, que ya hace algunos años que funciona, se dan mensualmente retiros a Obreros, Caballeros y Jóvenes y varias tandas de Ejercicios Cerrados cada año y ya pasan mucho del millar los que los han hecho en tandas de a 25 a 30; y rara vez de 40 y más

En el Seminario Mayor, hay unos 60 a 70 alumnos. La Residencia de Durazno, segunda de la Compañía en esta tercera época (la primera se convirtió en el Colegio-Seminario), no es un Colegio, como no falta quien lo crea, sino una casa de Misioneros destinados exclusivamente a los Ministerios Apostólicos, que es un género de Casas que tiene la Compañía en todas las Naciones del Mundo, para atender a la salvación de las almas en el púlpito, en el confesionario y con la predicación de la Divina Palabra, en Ejercicios y Misiones. La Residencia de la calle Canelones, tuvo en los primeros años, dicen las Cartas Anuas, un promedio de unas 3.000 Comuniones. En Durazno, durante el primer año de la Residencia, hubo un aumento de Comuniones en la población, de 16.000. Lo cual quiere decir que la nueva empieza con un empuje cinco veces mayor que el de la Vieja Residencia. Aunque ésta tuvo la gloria de concluir transformándose en el Colegio-Seminario, que ha sido el semillero de toda la vida apostólica del Clero Secular de la República; y en él ha nacido, ha crecido y se conserva esa admirable institución que se llama el Centro Apostólico de San Francisco Javier que ha dado, y dá, ocupación

a muchos misioneros no sólo Jesuítas, sino también del Clero Secular y de otras Ordenes Religiosas, evangelizando toda nuestra Campaña varias veces, en los rincones más abandonados de toda otra cultura espiritual, que no sea la del Centro, lo cual es gloria exclusiva del Centro Apostólico, altamente merecedor de ese nombre. No olvidemos que la hoja "San Javier" tiene un tiraje de 28.000 ejemplares, lo cual nos dá un índice de la potencialidad del Centro Apostólico.

También nacieron, crecen y se conservan en el Colegio-Seminario la Escuela Apostólica y la Escuela Gratuita de San Ignacio. Actualmente la Apostólica tiene 25 alumnos, San Ignacio 220 y el Colegio-Seminario 450; total, 695 alumnos. A estos debemos agregar unos 100 alumnos de la Escuela de Larrañaga, con lo cual llegan a unos 800 los alumnos que dependen del Colegio-Seminario.

Como su nombre lo indica, hijo suyo fué también el Seminario Conciliar de la Diócesis de Montevideo; y más tarde, de la Arquidiócesis, hasta el año 1923, del cual salieron 121 sacerdotes, de los cuales un Arzobispo, dos Obispos, casi todos los canónigos y Párrocos de la República y 18 religiosos. Concluído el Seminario, las vocaciones Religiosas de Alumnos y ex-Alumnos, lejos de disminuir, han tenido un nuevo florecimiento; y de ellas son un buen semillero, la Escuela Apostólica, la Escuela Gratuita y las Misiones del Centro Apostólico de San Javier.

Como ya dijimos, el Colegio-Seminario está incorporado a la Universidad, lo cual influye de una manera nueva en sus aulas, en la disciplina, en el número de sus alumnos, en el resultado de los exámenes y en sus relaciones con la Universidad del Estado.

Y si tenemos en cuenta, que las comuniones llegarán este año, en el Colegio-Seminario a cerca de 200.000, a conjeturar por el continuo y fuerte aumento de estos últimos años, podemos afirmar, sin exageración, que el Colegio-Seminario y el estado general de los Jesuítas llegan en el Uruguay al XXXII Congreso Eucarístico, en tren de prosperidad.

Trabajan actualmente en el Uruguay, 41 Jesuítas: 23 Sacerdotes, 3 Escolares y 14 Hermanos Coadjutores. Pero eso solo no indica el verdadero estado de la Compañía en nuestra Patria. Para barruntarlo es menester tener en cuenta que hay además otros tantos Jesuítas Uruguayos, la mayor parte, en formación, en el Noviciado y en los Estudios, que son la verdadera esperanza de la Orden entre nosotros: y de la manera que van creciendo, y conjeturando por el rendimiento del Colegio-Seminario en 44 años, no sería aventurado vaticinar, que en circunstancias de crecimiento normal, los Jesuítas indígenas uruguayos no bajen de 200 a la vuelta de 40 años.

Pidamos a Dios que eso se verifique, conforme al consejo del Divino Maestro: "Rogad al Señor de la mies, que envíe a su mies operarios".

INDICE